

"COMERCIO DIABOLICO"

ROBERT KEATING

ROBERT KEATING

Comercio diabólico

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Dr. Julián Álvarez, 151
BUENOS AIRES

PORTADA: R. Griera

Depósito Legal B. 13668 —1971

Printed in Spain - Impreso en España
Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 — Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

Mónica Halle miró a través de los cristales de la ventana, fijándose en los dos hombres que estaban junto a un lujoso automóvil.

Eran dos individuos de aspecto nada recomendable, diríase que patibulario.

La joven estaba asustada, como si presintiese que algo grave iba a suceder.

Se volvió hacia Freddy Johns, su novio, y así se lo comunicó:

—Freddy, ignoro qué es lo que te propones; pero no puede ser nada bueno… cuando te dejas aconsejar por esos hombres. ¡Tienen aspecto de asesinos!

—Cariño, no deberías hablar de ese modo. Admito que tienen cara de gorilas, pero sólo son dos pobres diablos que cumplen órdenes de su jefe.

—¿Y quién es su jefe?

—Todavía no lo sé…

—¡No lo sabes y te confías a ellos!

—Ya tuve ocasión de tratar a Floyd y a Jo, y son dos tipos estupendos. No veo por qué has de estar preocupada.

—Pues lo estoy. Y muy asustada.

Freddy era un joven alegre, decidido y confiado. Un joven optimista y ambicioso.

No había tenido aún su oportunidad de triunfar en la vida… y estaba convencido de que ahora lo lograría. Su presentimiento resultaba muy distinto al de Mónica.

Freddy era alto, atlético y varonilmente atractivo. Mónica le amaba, y también él a ellas, pero no pensaba dejarse llevar por sus ridículos temores.

Se acercó y la tomó por la barbilla mirándola a los ojos. Quería transmitirle confianza.

—Tranquilízate, amor mío. No hay nada que temer.

—Pero, Freddy… ¿qué es lo que quieren de ti?

—Ellos, nada.

— ¿Entonces…?

—Es su jefe quien me necesita.

—¿Para qué?

—Lo sabré cuando lo vea.

—No conoces a ese hombre, no sabes qué es lo que quiere de ti, ni cuáles pueden ser sus intenciones… y ya cuentas con atrapar el sol entre tus manos.

—Pronto saldré de dudas. No obstante, Floyd y Jo me han asegurado que su jefe tiene algo importante para mí, que puedo hacerme rico… y no al margen de la ley.

—Nadie hace rico a otro sin exigir nada a cambio.

—Pero yo le voy a ser útil en algo.

—¿En qué?

— ¡Te he dicho que aún no lo sé! —terminó Freddy molesto.

—Me da miedo. No puedo evitarlo.

—Cálmate, cariño…

—Ya lo he intentado. Y no ha sido posible.

Freddy hizo un esfuerzo para no dejarse llevar de sus nervios. La besó.

Pero aun así, Mónica no pudo evitar estremecerse. Lo veía demasiado seguro de sí mismo, demasiado confiado. Y temía perderlo.

—Freddy.

—Dime.

—Si yo te suplicase…

—No lo hagas, Mónica. Te lo ruego. Me obligarías a tomar una determinación que no deseo.

—Me doy cuenta —se retiró ella hacia el centro de la pequeña salita con la mirada ensombrecida.

—¿De qué forma podría tranquilizarte?— su novio se esforzó en convencerla.

—Si al menos supiéramos quién es esa persona tan importante que desea verte…

—Tal vez haya una solución.

Mónica le miró con gesto lleno de ansiedad.

—¿Cuál?

—Espera…

Freddy se dirigió a la ventana. La abrió y atrajo la atención de los dos hombres que estaban junto al automóvil:

—¡Eh, Floyd, Jo!

—¿Qué hay?— respondió el primero de ellos.

—¡Venid un momento!

—Estamos perdiendo demasiado tiempo.

—Necesito hablar con vosotros.

Los dos sujetos dudaron unos segundos. Pero terminaron por acercarse a la ventana, situada en la planta baja.

—¿Qué ocurre, Freddy? Se está haciendo tarde…

—Lo sé, Jo. Pero no podré acompañaros sin que aclaremos ciertos detalles.

—¿Qué detalles?

—Entrad y os lo explicaré.

Los dos hombres se miraron de nuevo, dudando. Al final, optaron por hacerle caso.

Una vez en el interior de la casa, sin apenas reparar en la joven, Floyd preguntó:

—Bueno, ¿de qué se trata?

—Mi novia —señaló Freddy a Mónica—. Ya os hablé de ella.

—Sí…

—Está asaltada de dudas y de temores.

—Pero tú no, ¿verdad?

— Claro que no. Sin embargo…

—¿Qué?

—Antes de acompañaros, deseo convencerla a ella de que todo es tan claro como me asegurasteis.

—Freddy, ¿qué te pasa? —se molestó Jo Patterson—. Habíamos quedado de acuerdo en que la visitarías sólo un momento y que luego nos acompañarías.

—Y así es, Jo. Pero la verdad es que no quiero dejar a Mónica intranquila.

— ¿Y qué esperas que hagamos?

—Que me digáis quién es la persona con la que voy a encontrarme. Sólo eso.

—¡Es demasiado!— gruñó Floyd.

—¿Por qué?

—Porque nos exigió no abrir la boca para nada.

—Pues si la vais a mantener cerrada, es mejor que os vayáis y le digáis a vuestro jefe que no cuente conmigo para nada. ¡Diablos!

Tampoco entiendo por qué ha de haber tanto misterio.

—El muchacho quiere pisar firme, Floyd —rió entre dientes Jo Patterson.

—Exacto, amigo. Y si no ha de ser de ese modo, ya podéis olvidaros de mí.

Floyd y Jo intercambiaron una mirada. Se veía que aquello les incomodaba.

—¿Tú qué dices, Jo?

—No sé…

—Podemos hablar con el jefe.

Floyd lo pensó irnos segundos. Terminó preguntándole a Freddy:

—¿Nos permites usar el teléfono?

Freddy ni lo dudó.

—Adelante —señaló el aparato.

Floyd volvió a gruñir. Luego se acercó al teléfono y marcó un número.

Transcurrieron algunos segundos. Sólo él escuchó la voz que sonó al otro lado del hilo:

—… ?

—Soy Floyd, señor.

—…?

—Estoy con Jo, en casa de Freddy Johns.

—…?

—Sí, estaba decidido. Pero parece ser que su novia le ha estado llenando la cabeza de dudas… y el muchacho no desea acompañarnos sin saber antes quién es usted.

—…?

—Me temo que no, señor.

—…?

—Bien, señor. Así lo haré.

Floyd colgó el microrreceptor y se volvió lentamente hacia Freddy y Mónica.

Estaban pendientes de él, de lo que iba a decirles. Lo mismo que Jo Patterson.

Se hicieron pesados aquellos segundos de silencio. Parecía que a Floyd le costase trabajo despegar los labios.

Mónica sintió que su angustia aumentaba cada vez más. Pero fue Freddy quien preguntó:

—¿Y bien, Floyd?
—No hay inconveniente en lo que pides.
—Pues deja de tenemos intrigados y habla.
—De acuerdo, Freddy. Esa persona a la que tanto deseas conocer… es, nada más y nada menos, que… Ronald Lockwell.
—¡Qué! ¿El millonario?
—¡Ajá!
Freddy pareció que estuviera mareado. Hizo un esfuerzo para mantenerse en pie y terminó mirando a Mónica con un brillo especial en los ojos.
—¡Vaya! ¿Qué te parece, amor?
La joven no perdió sus temores.
—Yo no me fiaría, Freddy.
—¿Por qué?
—Comprueba esa llamada… y luego pregúntale al señor Lockwell qué es lo que quiere.
—Ésa es una buena idea.
—¡Cuidado, muchacho!— advirtió Floyd.
Freddy lo miró con fijeza.
—¿Qué pasa?
—Conforme en que compruebes la llamada. Pero procura no molestar al señor Lockwell con tus preguntas. Las personas como nosotros tenemos un sólo día de suerte a lo largo de toda nuestra vida. Un sólo día de suerte —recalcó Floyd—. Éste puede ser ese día para ti. No lo estropees.
—¿Piensas que el millonario se molestaría realmente?
—Es lo más probable. Y si eso sucediera, amigo mío, tu ángel de oro volada, se esfumaría. ¿Verdad que me entiendes?
Freddy dudó ahora, temeroso de que eso pudiera ocurrir. Pero allí estaba Mónica para empujarle.
—No dejes que este hombre te impresione, cariño. Comprueba esa llamada.
—Sí…
Freddy tomó la guía telefónica y buscó el apellido del millonario. Se volvió un momento hacia Floyd, diciendo:
—Aquí hay varios números a nombre de Ronald Lockwell.
—Si tanto desconfías, puedes ir llamando uno a uno a todos esos números. Pero sólo hallarás al señor Lockwell en el que corresponde

a su residencia de «Black Hill». Es adonde yo acabo de llamar.

—Oye, Floyd, no será una broma todo esto, ¿eh?

—Vamos, ¿a qué tantas dudas? Yo no te he dado ningún número. Tú mismo lo buscaste, está ahí en esa lista. Deseabas comprobarlo. ¿Pues a qué esperas?

—Tienes razón.

Freddy se decidió a marcar aquel número. Le respondió una voz desconocida al otro lado del hilo:

—¿Sí?

—¿Es el señor Ronald Lockwell?

—Sí. Y usted, según lo que Floyd acaba de indicarme, es Freddy Johns.

—Exacto, señor.

—No demore más su visita, Freddy. Le necesito… y puede ser éste su día de suerte.

—¿Le puedo hacer algunas preguntas, señor Lockwell?

—No. Le espero en mi residencia. Sólo tiene que acompañar a mis hombres.

—Pero…

—Si no le interesa, déjelo. Puse toda mi atención en usted, pero puedo buscar a otra persona.

Esta vez, la voz del millonario había sonado en tono tajante y decisivo. Y Freddy no se atrevió a perder lo que empezaba a parecer el dorado filón de su vida.

— Está bien, señor Lockwell. Los acompañaré…

Oyó el «click» del teléfono al ser colgado.

Freddy todavía permaneció unos segundos pensativo, con el aparato en la mano, hasta que decidió colocarlo en su horquilla. Un brillo ambicioso relucía ahora de sus ojos.

Mónica avanzó hacia él.

—¿Qué te ha dicho?— preguntó.

—Me necesita. Ignoro para qué, pero no pienso dejar pasar esta oportunidad.

—Pero, Freddy…

—¡Ya está bien, Mónica! Tus temores resultan absurdos, ridículos. Sólo tienes que esperarme. Volveré para contarte mi entrevista con el millonario.

—Está bien. Ya veo que no puedo disuadirte.

—Confía en mí, cariño.

Mónica asintió con un movimiento de cabeza. ¿Qué otro remedio le quedaba? Amaba a Freddy.

Éste se volvió hacia los dos hombres.

—Cuando queráis.

Abandonaron la casa y subieron al lujoso automóvil.

Mónica los vio alejarse y desaparecer al final de la calle. Volvió a estremecerse. Algo parecido a un horrible presentimiento se había apoderado de ella.

Nada de cuanto estaba sucediendo le parecía normal. No lo era. Y Freddy podía estar siendo víctima de algún turbio manejo del que quizá no tardaría en arrepentirse. Le cegaba su propia ambición.

Sin embargo, ¿qué podía hacer ella?

¡Nada!

Se resignaría a esperar.

Confiaba, cuando menos, que Freddy la llamase y volviera a su lado, aunque sólo fuera para decirle que había hecho mal en no seguir su consejo…

CAPÍTULO II

—Estoy sumamente preocupada, Peter.

—Ya me doy cuenta…

—¿Es que no te importa?

El hombre terminó de firmar aquellos papeles que tenía encima de la mesa y se volvió con resignada lentitud. Sonrió de manera indulgente.

—Claro qué me importa, cariño.

—Pues no lo parece.

—Lo que no alcanzo a entender es por qué has de estar preocupada; eso es todo.

—Pero, Peter…

—Sabes perfectamente cómo es tu padre. El gran mundo de los negocios está lleno de argucias. Y tu padre es de los más astutos. Gracias a eso, ha logrado situarse a la cabeza de los grandes potentados de la nación.

—¿Sólo se te ocurre eso?

—¿Qué otra cosa quieres que te diga? No veo nada extraño ni misterioso…

—¡Peter, Peter, diría que ni me has escuchado!

—Cálmate, ¿quieres?

Clara Lockwell —veintiséis años de vida refinada y exquisita, bellísima y normalmente encantadora— frunció un momento las cejas, incapaz de tranquilizarse.

Era alta y de cuerpo grácil. Una preciosidad, que traía de cabeza a los más exigentes herederos del país, tanto por sus encantos personales como por la inmensa y codiciada fortuna de su padre, el señor Ronald Lockwell.

Y allí estaba Peter Holmes, un hombre de treinta y cinco años, con una gran personalidad, un recio carácter y gran atractivo masculino, que había vencido al resto de sus competidores.

Peter se había hecho a sí mismo.

Con una fuerza de voluntad y un tesón admirables, había logrado sobreponerse a las muchas calamidades de su infancia, abandonado un mundo peligroso, sucio y hostil, el de los barrios bajos, para crearse un nombre y una personalidad que le hacían

respetable.

Era dueño de sí mismo, sin la menor atadura. Y se ganaba la vida como detective privado.

Pero no un detective cualquiera, de esos que se dedicaban a espiar a mujeres adúlteras o a esposos infieles; no un detective de los que buscaban perritos extraviados de millonarias caprichosas o se pasaban el tiempo vendidos a la constante aunque provechosa veleidosidad del podrido mundo del dinero.

Peter era distinto.

Su dignidad y el amor a su profesión estaban por encima de todo. Y desestimaba cualquier caso de investigación que no complaciera su natural deseo o no llenase su confianza, aunque tuviera que renunciar a las más generosas remuneraciones.

Por eso, aparte de su persona y de la fuerza que emanaba, Clara se había enamorado de él. Y por lo mismo, porque ella no era como todas las tontas orgullosas de su deslumbrante mundo, Peter la amaba a ella.

Se entendían perfectamente.

Pero, en aquella ocasión, todo parecía muy distinto.

—Cariño…

Peter abandonó su trabajo y se acercó a Clara. Le rodeó la cintura con el brazo, la besó superficialmente en los labios y luego la condujo hasta el diván.

Se sentaron.

—No quieres creerme, ¿verdad, Peter?

—Antes tendría que entender el motivo de tu preocupación.

—Ya te lo he explicado.

—Veamos… Intentaré recordar todas tus palabras.

—¿Estudiarás el asunto?

—Claro. No me perdonaría verte demasiado tiempo con esa cara de tristeza.

—¡Gracias, cariño!— y Clara lo besó.

—Empezaremos por el principio. Dices que ayer tarde tu padre hizo llamar a su residencia de «Black Hill» a un joven desconocido… Me parece recordar que sabías su nombre.

—Freddy Johns —asintió Clara.

—Bien. Y que estuvieron un rato hablando a solas en su despacho, ¿no es eso?

—Sí.

—Pero no tienes la menor idea de lo que hablaron.

—No.

—Sigue tú, ¿quieres? —rogó Peter.

—De acuerdo. Pero trata de no volver a perder el hilo del relato.

—Te lo prometo.

—Bueno… el caso es que papá me presentó a ese joven. Dijo que lo había conocido casualmente en no sé qué lugar y que pensaba servirse de él para realizar ciertas empresas muy prometedoras.

—¿No dijo qué empresas?

—No.

—Sigue.

—Después me enteré que papá había discutido con Jackson y que lo había destituido.

—Edward Jackson… —murmuró Peter pensativo—. ¿No es el hombre de confianza de tu padre, el que dirige casi todo el mecanismo de su imperio comercial?

—Era—respondió Clara entristecida—. Jackson es para mí… como un segundo padre. Y su fidelidad, su lealtad durante más de cuarenta largos años, aparte su gran capacidad de mando y trabajo, no merecían ese trato de mi padre.

—¿Tú has hablado con el señor Jackson?

—No.

—¿Cómo te enteraste?

—Me informó de ello la secretaria de Jackson, la Señorita Sabela. Estaba sumamente afectada. Es lógico.

—¿Y te explicó el motivo?

—Peter, ¿en qué estabas pensando cuando te hablaba antes? —se molestó Clara—. Ya te he contado todo lo ocurrido.

Él se mostró amable.

—No te enfades, cariño. Recuerdo todo lo que me las explicado; pero deseo volver a oírtelo decir, así ahondaré más en el asunto.

—Como quieras… —Clara se encogió de hombros—. La señorita Sabela me dijo que papá había estado hablando con Jackson. No es que quiera retirarlo de su cargo. Hubiera sido injusto hacerlo. Pero quería inyectar nueva vida a sus empresas… y pedía que ese joven desconocido, Freddy Johns, figurara como cabeza rectora en todo.

—¡Ya!

—Eso era más cruel que retirar a Jackson; era… postergarle.

—Y el señor Jackson se negó.

—¡Por supuesto que se negó! El que papá se haya vuelto loco no quiere decir que haya de estarlo él también. ¿Quién es el tal Freddy Johns para ostentar un cargo semejante?

—Tú le conoces personalmente…

—Sí. Y me parece un tipo de lo más vulgar. Ni siquiera creo que esté preparado para contar más allá de sus dedos.

—No te fíes de las apariencias, Clara…

—No lo hago.

—Entonces, ¿cómo puedes afirmar que no sea una persona inteligente y con capacidad para sustituir al señor Jackson?

—Porque me preocupé de averiguarlo. Ya te lo he dicho. En nuestras oficinas de información e investigación, nuestros abogados tienen el historial de ese hombre. ¡No es nadie!

—¿Nadie?

—Quiero decir que no tiene ninguna preparación: es un individuo de la calle, un trabajador sin más aptitudes.

—¿Estás segura?

—Tú mismo puedes comprobarlo fácilmente.

—Lo haré, si llegara el caso.

—¿Aún lo dudas?

—Continúa. ¿Hablaste de ello con tu padre?

—Sí.

—¿Y qué conseguiste?

—Apenas quiso escucharme. Dijo que estaba acostumbrado a tomar sus propias decisiones sin que nadie interfiriera. Que nadie tuvo que enseñarle a ganar el dinero…

—Eso es verdad. Empezó con un dólar… y hoy cuenta con más de un billón en su haber.

—Pero lo que hace ahora no tiene sentido.

—Quizá lo tenga para él, Clara.

—¡Oh, se ve que estás de su parte!

—¿Y por qué habría de estar de su parte? Sabes que no le agrado… y que daría muy a gusto la mitad de su fortuna con tal de que tú no me quisieras.

—Pierde el tiempo.

—Claro que lo pierde —Peter sonrió, volviendo a besarla—.

¿Qué más atrocidades te dijo tu padre?

—No bromees, te lo ruego.

—No trato de bromear. Pero tú tampoco debes dramatizar tanto.

—De acuerdo. Papá me echó un largo discurso sobre todo lo que hizo, lo que desea hacer… ¡y mil cosas más!

—Algo así como si te hubiera dicho que hace lo que quiere… porque le da la gana, ¿no es eso?

—Más o menos.

—¿Y el final?

—Le dio autoridad y mando a ese Freddy Johns. Él será quien rija los destinos de todas sus empresas. Y lo ha hecho de modo que, aunque papá muriera, nadie, ni siquiera yo, podría destituirle.

—Un cargo vitalicio, ¿hum?

—Algo así.

—Eso sí que resulta extraño… y bastante disparatado.

—¡Absurdo y del todo irrazonable! Pero no es eso todo.

—¿Todavía hay más?

—¡Peter!

—Ah, sí; perdona… Me olvidé de que ya lo habías dicho. No sólo nombró cabeza suprema de su imperio a ese desconocido, sino que tu padre le hizo también dueño de ciertas acciones cuyo valor asciende a varios millones de dólares.

—¿No resulta todo eso sospechoso?

—Sí. Pero hay algo que no quiero hacer, Clara.

—¿Qué es?

—El ridículo.

—¿Cómo?

Peter se incorporó y fue a servirse un whisky.

—No creo nada de esa historia, Clara.

—¡Peter!— la joven se sintió molesta, poniéndose en pie y mirándole con ojos ofendidos—. ¿Estás insinuando que miento?

—No, primor, tú no mientes. Pero alguien te ha estado gastando una broma de mal gusto… y yo no quiero ser el gatito que se la trague y haga luego reír a todas esas personas respetables que se mueven en el fácil mundo de los tuyos.

—Me estás ofendiendo, Peter.

—Lo siento. No era ése mi propósito. Pero…

—¿Por qué no me acompañas y lo compruebas?

—¿Acompañarte?

—Sí.

—¿Adónde?

—A «Black Hill». Te presentaré al tal Freddy Johns.

—¿Es que aún sigue en vuestra residencia?

—Allí lo dejé cuando me vine para acá. Y no quieras saber lo a gusto que se sentía.

Peter titubeó unos instantes. Se mostraba indeciso

—No quisiera hacer el ridículo, Clara…

—¡Por favor!

Peter dudó unos segundos más. Terminó apurando el whisky de un trago.

—¡De acuerdo! Te acompañaré y comprobaré todo lo que está sucediendo. Pero que conste que, si la cosa cae en lo absurdo, no soportaré el ridículo sin hablar claro. ¿Entendido?

—¡Qué terco eres!

—Vámonos…

Peter se dirigió a la puerta bastante furioso. Seguía sin poder creer nada de aquella absurda historia que le había contado Clara.

CAPÍTULO III

Clara se desesperó cuando le dijeron en «Black Hill» que su padre había regresado a media mañana y que se había ido junto con Freddy Johns… no sabían a dónde.

Pero Peter comprendió, por vez primera, que el tal Freddy Johns no era un nombre inventado… y que a menos que se hubiera vuelto loco, Ronald Lockwell jamás perdería su tiempo con un personaje cualquiera de la calle, según Clara se lo había pintado.

—Lo siento, Peter —ella se volvió descorazonada—. Esperaba que lo conocieras.

Él no quiso decirle que empezaba a encontrar el asunto extraño y sospechoso. Que ya no creía en una broma de potentados ociosos.

—No te preocupes, Clara. ¿Podemos ver al señor Jackson?

—Se marchó de Estados Unidos esta misma mañana.

—¿Que se fue? ¿Adónde?

—A Inglaterra. Ya te lo dije en tu casa, cuando te conté por primera vez…

—Sí, sí; perdona. Lo había olvidado.

—Tiene una hija casada en Londres y tres hermosos nietos. Ha prometido que no regresaría a menos que papá se presente a buscarlo personalmente y le de todas las disculpas que se merece.

—Un cabeza dura, ¿eh?

—Un leal orgulloso —asintió Clara—. Ha hecho muy bien. Y espero que papá siente pronto la cabeza y baje de su pedestal para desagraviarle. Jackson nunca se ha merecido algo así.

Se dirigieron a una de las oficinas de administración de las empresas Lockwell. Y allí, Clara y Peter se llevaron una nueva sorpresa desagradable.

Uno de los principales abogados de la casa les comunicó, alarmado:

—Su padre, señorita Lockwell, ha tomado decisiones muy extrañas que no puedo revelar. En bien suyo, me atrevo aconsejarle que no lo pierdan de vista ni un momento.

—¿A qué se refiere?

—Hace algunos días, antes de que apareciera ese hombre llamado Freddy Johns, el señor Jackson estuvo a verme un poco

alarmado. El señor Lockwell había ordenado retirar de varios bancos la elevadísima suma de mil millones de dólares.

—¡Qué!— exclamó Peter.

—Mil millones de dólares —repitió el abogado señor Sherman—. Y sin dar la menor explicación.

— ¿Nadie sabe adónde fue a parar ese dinero?

—Hasta el momento, no. Es decir… yo sí creo saberlo, si el señor Lockwell no me ha mentido.

—¿Por qué habría de hacerlo?— se molestó Clara—. Mi padre jamás ha mentido a nadie.

—Perdone, señorita Clara. Pero hay cosas que uno no acierta a comprender, por muy ciaras que se las pongan ante los ojos.

—¿Quiere explicarse?

—No puedo hacerlo.

—¿Por qué?

—Soy abogado y mi profesión me impide revelar ciertas cosas. Su padre estuvo a verme media hora después de hacerlo el señor Jackson. Me comunicó lo que pensaba hacer con todo ese dinero. Luego, redactó un nuevo testamento, igualmente extraño… mejor dicho, descabellado, y me confesó los motivos que le habían impulsado a ello.

—¿Qué motivos son esos, señor Sherman?

—Lo siento, no puedo revelarlos —el abogado se encogió de hombros—. Su padre me conminó para que no revelase nada de cuanto había dicho y hecho. Y mi profesión me ata a la promesa.

—¿Cree usted que el señor Lockwell esté obrando influido por… por algo o alguien que le domine?— inquirió Peter.

—No. El señor Lockwell demuestra estar en posesión de todas sus facultades mentales. No se ha vuelto loco, si es lo que sospechan. Aunque todo lo que viene haciendo parezca descabellado, como ya he dicho, su cordura es manifiesta.

—Todo se contradice.

—Pero existe una razón.

—¿Cuál?

—Está en el testamento del señor Lockwell. Y si él mismo no lo cambia, ese testamento sólo se dará a conocer después de su muerte. Así lo ha dispuesto.

—Dígame una cosa, señor Sherman. ¿Está el señor Lockwell en

algún peligro inminente?

El abogado respiró con dificultad.

—Me temo que sí. Pero no puedo informarles.

—Sí, secreto profesional. Sin embargo, tal vez pueda orientamos sin faltar a su ética.

—Usted dirá.

—¿Puede tener algo que ver ese Freddy Johns con las decisiones del señor Lockwell?

—Me atrevería a afirmar que ninguna. Cuando el señor Lockwell vino a verme, no conocía al tal Freddy.

—¿Cómo lo sabe?

—Bueno, al menos no lo mencionó para nada.

—¡Vaya! Eso excluye al individuo, en cierto modo. Luego, debieron empezar ahí las divergencias entre el señor Lockwell y el señor Jackson, ¿no cree?

—Es muy probable. El señor Lockwell estaba furioso contra su apoderado general. Le molestaba que el señor Jackson se inmiscuyera en ciertos asuntos de su sola incumbencia.

—¿No era lógico que el señor Jackson se preocupase por esa cantidad exorbitante que retiró de sus bancos?

—Por supuesto. Pero el señor Lockwell lo interpretó de otro modo. Y recuerdo que dijo algo…

—¿Qué dijo?

—Sus palabras, más o menos, fueron: «Jackson se ha hecho demasiado suspicaz. Se mete hasta en lo que no le importa. Y olvida que yo soy el dueño. Creo que es hora de pensar en su relevo…»

—Luego la destitución del señor Jackson era algo meditado.

—Usted ya sabe cómo es su padre, señorita Clara —el abogado se dirigió a la muchacha—. No le gusta que le contradigan en nada de lo que él cree tener razón. Y cambió al señor Jackson con la misma facilidad que se cambia una pieza en un tablero de ajedrez.

—Sí… —murmuró Clara, confusa—. Señor Sherman, usted conoce al tal Freddy Johns, ¿verdad?

—Su padre me lo presentó —asintió el abogado.

—Y… ¿qué opinión le merece?

—Muy pobre. Es un joven poco inteligente. Ponerle en el lugar del señor Jackson es como echar a un ciego en un desierto plagado de serpientes. Es lo que no entiendo de su padre…

—¿Qué pudo moverle a eso?

—No tengo la menor idea. Confieso que es lo más absurdo que he visto en mi vida.

—¿En qué pueden afectar las decisiones de ese hombre?

—Señorita, todas las empresas de su padre se rigen por unos cerebros maravillosos. Todo está estudiado y controlado. Únicamente escapa a toda previsión las decisiones que por su expresa voluntad adopte su padre.

—Una de ellas el haber dado absoluto poder a Freddy Johns, ¿no?

—Exactamente. Y esos cerebros seguirán trabajando con la misma cautela y cordura. Si el tal Freddy Johns se deja aconsejar por ellos, aunque se echen a faltar las magníficas decisiones del señor Jackson, nada grave ocurrirá. Pero si él se lanza contra todo buen consejo y trata de abusar de sus poderes contradiciendo a esos cerebros… ¡todo se vendrá abajo!

—Y mi padre lo sabe.

—Lo sabe… y es como si pusiera una bomba de miles de toneladas debajo de su propio mundo. Y lo malo es que…

El abogado se interrumpió. Clara y Peter lo miraron, esperando que continuara. Al no hacerlo, Peter preguntó:

—¿Qué es lo malo, señor Sherman?

—Lo siento, he hablado ya más de lo debido. No puedo continuar. Usted es un profesional, señor Holmes. Tiene que comprenderme.

—Sí… ¡la maldita ética! Nos amordaza constantemente, aunque la mayor parte de las veces sólo sirva para destruir aquello que quisiéramos defender.

—Exactamente.

—Dígame otra cosa, ¿puede tener algún ascendiente el tal Freddy Johns sobre el señor Lockwell?

—No, seguro que no. Pienso que no deben buscar las causas en ese joven, que debe de estar tan sorprendido como cualquiera de nosotros, sino en el propio señor Lockwell.

—Algo grave debe de sucederle.

El abogado se movió como si tuviera pulgas en el cuerpo.

—¿Por qué no consultan con el doctor Cronam? Tal vez él pueda orientarles mejor.

—¿El doctor Cronam?— se sorprendió Clara.

—Tiene su consulta en la 5.ta Avenida.

—¿Está enfermo el señor Lockwell?— preguntó Peter.

—El doctor Cronam les informará de eso… si es que no tiene también que guardar el secreto profesional.

—Está bien, señor Sherman. Gracias por todo.

—Buenos días.

Peter y Clara, se dispusieron a abandonar el despacho del abogado. Pero él se detuvo un instante más junto a la puerta.

—Una última pregunta, señor Sherman.

—Diga.

—¿No cree que las circunstancias aconsejen hablar con la policía?

—En absoluto. No hay nada delictivo en las decisiones del señor Lockwell.

—¿Tampoco en la presencia de Freddy Johns?

—Tampoco en eso.

Peter hizo un gesto vago, intraducible. Y terminó abandonando el despacho acompañado de Clara…

CAPÍTULO IV

Mónica seguía estando preocupada.

Después de irse Freddy con aquellos dos hombres, pasó el tiempo en una espera casi angustiosa.

Hasta que Freddy regresó.

El joven venía radiante, lleno de grandes esperanzas. Con un brillo ambicioso en sus oscuros ojos.

Al principio, Mónica sintió que todos sus temores se desvanecían y que sus dudas habían resultado más que infundadas.

Lo abrazó con fuerza.

—¡Oh, Freddy! Estuve todo el rato angustiada…

—Te dije que no tenías razón. ¿Sabes? El señor Lockwell es un hombre estupendo. Vive en un mundo fastuoso, ni en lo extraordinario del cine te lo imaginarías.

—¿Qué quería de ti?

—Acaba de nombrarme director general de todas sus empresas.

—¿Director… general?

—Bueno, creo que es algo más que eso. Sabes que yo entiendo poco de títulos; pero, para que lo entiendas, seré el jefe. Quien haga y deshaga en todas sus industrias.

Una sombra de temor volvió a velar los ojos de la joven.

Se retiró de su lado, preocupada, y fue hacia la ventana.

Él la miró molesto.

—¿Qué te pasa? No irás a decirme que estás disgustada, ¿eh?

—No es eso, Freddy.

—Entonces, ¿qué es?

—Tú no estás preparado, careces de estudios…

—En el mundo del señor Lockwell lo que sobran son cerebros. Él lo que necesita es una persona honrada en quien depositar toda su confianza, y me ha elegido a mí.

—¿Por qué, Freddy? ¿Por qué te ha elegido a ti, si no te conocía?

—No me he molestado en preguntárselo.

—Ya.

—Mónica, mi trabajo consistirá en dejarme orientar por esos cerebros y tomar las decisiones más importantes.

—¿Con qué criterio?

—Con el que pienso adquirir. Dedicaré un tiempo a conocer todo el complejo mundo industrial del señor Lockwell. Otro tiempo, a identificarme con cada una de las personas que componen ese mundo. Y el resto, a estudiar. ¡Estudiaré como un loco, hasta estar preparado!

—¿Te lo aconsejó el señor Lockwell?

—Sí. Es un hombre maravilloso.

—¿Le dijiste… que íbamos a casamos?

Freddy se mostró esquivo. Tardó algunos segundos en contestar:

—Desde luego, cariño. Pero… eso tendrá que esperar algún tiempo.

—Claro. Ya has repartido todo tu tiempo.

—Mónica, debes comprenderlo. Todo lo bueno que quiero para mí, lo quiero también para ti. Ahora se nos ofrece un mundo distinto, una vida luminosa, ¿es que quieres que renuncie a todo eso para vivir en este ambiente sombrío y desagradable?

—Yo soy feliz con lo que tengo, Freddy.

—Ahí está la diferencia. Y no tardarás en lamentarlo.

—¿Qué quieres decir?

—En el supuesto de que llegues a situarte en esa falsa cúspide, ¿no piensas en una posible caída? Te destruirías a ti mismo.

—¡Ah, pamplinas! El señor Lockwell ha dispuesto bien las cosas, y aunque él muriera, nadie podría arrancarme los poderes que acaba de conferirme. Incluso me ha hecho accionista mayoritario en varias de sus empresas, y piensa adelantarme una suma de dinero más que soñada para que empiece a moverme en su mundo.

—Freddy, algo extraño está ocurriendo…

—¡Por todos los diablos!

—Esto es absurdo, descabellado. Algo raro y maléfico se oculta detrás de la voluntad de ese hombre.

—Tú te lo imaginas. Es cosa pública ya. No hay nada oculto. Todo el mundo lo sabe, incluso la hija del señor Lockwell.

—Y… ¿cómo han tomado la noticia?

—Como una bomba —Freddy rió entre dientes—. Pero tendrán que aceptarlo. Mañana, la prensa de Nueva York hablará de mí… y todo el mundo se hará cábalas respecto a la decisión del señor Lockwell y a mi persona. ¡Seré un hombre muy importante, Mónica!

Y haré cuanto esté en mi mano para no defraudar al señor Lockwell.

—Te deseo suerte, Freddy.

—Que me aspen si te entiendo, Mónica. Es como si me tocase el premio gordo de las carreras… y tú pones cara de entierro.

—Es que sigo creyendo que todo eso obedece a algo turbio. No me imagino a nadie, y mucho menos al señor Lockwell, descendiendo de su difícil altura para ponerlo todo en las manos de un hombre de la calle.

—¿Quieres decir que nunca he sido nadie?

—No tuerzas las cosas, Freddy. Para mí lo eres todo, el único hombre sobre la tierra. Pero lo que está ocurriendo es otra cosa.

—¿Prefieres que renuncie?

—Si tuvieras sólo un gramo de sensatez, lo harías tú mismo, sin que yo te lo aconsejase.

—Y volver a mis manos vacías.

—Tus manos están vacías, pero limpias.

—Lo que me han propuesto no me obliga a ensuciarlas. ¡Y ya basta de objeciones!

—¡Bien!— se resignó Mónica—. ¿Cuál será tu próximo paso?

—Regreso a la residencia del señor Lockwell, a «Black Hill». Sólo he venido a tranquilizarte… pero tú sigues aferrada a tus temores.

—¿Cuándo volveremos a vemos, Freddy?

—Espero que pronto. Estos días voy a estar muy ocupado.

—Me doy cuenta…

—No pensarás también que voy a dejarte, ¿eh?

—Ignoro lo que va a suceder a partir de ahora, Freddy.

—Yo te quiero.

—Lo sé. Pero ese mundo en el que empiezas a vivir…

—¡Jamás dejaré que me aparte de tu lado! En unos cuantos días, cuanto todo esté encauzado, te pondré en el lugar que te mereces. Y más adelante nos casaremos…

Fue una despedida un poco anormal y apresurada, que volvió a dejar a Mónica inmersa en un mar de extraños temores.

Era una angustia rara…

* * *

Transcurrieron varios días sin que Mónica volviera a saber de

Freddy. Ya ni siquiera la llamaba por teléfono.

Se enteró de que pasaba la mayor parte de su tiempo estudiando y conociendo todas las empresas de Ronald Lockwell.

Llevada de sus dudas y temores, Mónica hizo algunas averiguaciones por su cuenta.

Lo que más la animó fue saber que el prometido de Clara Lockwell, la hija del gran capitalista que había atrapado a «su» Freddy, era investigador privado.

Tomó una decisión.

Poco después llamaba a la puerta del despacho de Peter Holmes. La recibió la señorita Molly, secretaria del detective.

—¿En qué puedo servirla?— preguntó la secretaria.

—Mi nombre es Mónica Halle. Necesito hablar con el señor Holmes.

—No sabe cuánto lo siento, pero el señor Holmes está fuera y no regresará antes de la noche.

—Puedo esperarle. No tengo ninguna prisa.

—Pero…

—¡Por favor! Necesito verle. Se trata de… un caso muy delicado.

—Puede explicármelo. Yo se lo pasaré al señor Holmes, y si él considera que encaja en su línea de trabajo, la llamaremos por teléfono.

—Sé que el señor Holmes sólo acepta aquellos casos que despiertan su interés, sean o no remunerativos. Conmigo no haría negocio. Pero esté segura de que mi caso es un poco suyo, y le interesará recibirme.

La encantadora y eficiente señorita Molly pareció reflexionar, y luego declaró:

—Espere… su nombre me recuerda algo.

—Soy la prometida de Freddy Johns.

—¡Ah, claro! Pase, pase usted. Trataré de localizar al señor Holmes. Creo que ya él pensaba visitarla a usted.

—Eso simplifica más las cosas, ¿no?

—Exactamente. Tome asiento, por favor.

—Gracias.

Mónica se sentó en una butaca. La señorita Molly hizo varias llamadas, sin resultado.

Tendrían que esperar…

CAPÍTULO V

A raíz de su visita al abogado Sherman, Peter y Clara se presentaron en el 365 de la Quinta Avenida.

Trabajo inútil.

El doctor Floyd Cronam estaba fuera de Nueva York. Había decidido tomarse un largo descanso, y, para evitar molestias, no quiso decir el lugar adonde se dirigía.

Por más que intentaron averiguar el paradero del doctor Cronam, les fue completamente imposible.

—¿A qué obedecerá todo esto, Peter?

—Sólo hay una persona que podría explicarlo.

—¿Papá?

—Exactamente.

—¿Crees que él convenció al doctor Cronam para que se tomase este descanso?

—Eso me temo.

—Pero… ¿por qué?

—Para evitar que abriera la boca. Tu padre posee muy buenos medios de «convicción», Clara.

—Pudo haber hecho lo mismo con el señor Sherman, ¿no?

—Sí.

—¿Por qué no lo hizo?

—Debió considerarle más íntegro en su profesión que al doctor Cronam. Aparte de que quizá a éste no lo necesita y al abogado, sí.

—Hay algo que entiendo menos que nada, Peter.

—¿Lo que puede relacionar a tu padre con el doctor Cronam?

—Ajá.

—Si lo supiéramos, quizá hallásemos explicación a todo lo demás.

—El doctor Cronam no es psiquíatra ni cirujano…

—¿Adónde quieres ir a parar?— la miró Peter.

—Busco una relación doctor-paciente.

—Eres muy astuta, cariño —sonrió Peter—. Lástima que ya disponga de secretaria.

—No digas tonterías.

—No son tonterías. Es más, diría que pusiste el dedo en la llaga.

El doctor Cronam es más un investigador que otra cosa. Sus actividades están directamente relacionadas con esa plaga que azota a la humanidad: el cáncer.

—¿Crees que mi padre…? — dudó Clara.

—No aventuremos suposiciones, querida. Habrá que seguir investigando.

—¿Por qué no hurgar en los archivos del doctor Cronam? Allí debe de estar el expediente de papá.

—Ya he pensado en ello.

—¿Y…?

—Volvemos a esa palabra que el señor Sherman ha estado esgrimiendo frente a nosotros.

—¿La ética?

—Sí. Si supiera que se oculta algo criminal en todo esto, no le haría demasiados ascos al asunto; pero la cosa parece obedecer a algo muy distinto.

—Yo puedo conseguir ese expediente, Peter.

—¿Cómo?

—Hay personas que no conocen del todo la palabra escrúpulo… o que la olvidan cuando les ofrecen una buena suma de dinero.

—El resultado es el mismo.

—Nadie podría acusarte por algo que no has hecho…

—Me acusaría yo mismo. No, Clara. Habrá que buscar otro procedimiento.

—¿Y si lograra «convencer» a la secretaria del doctor?

—Eso ya sería distinto… —sonrió Peter—. Además, no necesita entregar el expediente, sino sacar una copia del mismo, simplemente.

—Te lo conseguiré.

Bastaron dos horas para lograrlo.

¡El dinero seguía siendo una llave poderosa!

Peter fue el primero en leerlo. Y al final, miró a Clara con gesto preocupado. Ella se mostró angustiada.

—¿Qué contiene?

—Algo grave, Clara. Te has de armar de valor.

—¿Acaso…?

—Es cáncer.

—¡Dios mío!

—Y por lo que aquí se explica, un caso grave y sumamente avanzado. Sin remedio posible.

Peter condujo a Clara a un bar donde tomaron varios whiskies. Luego, la consoló con palabras de aliento.

Clara se sobrepuso poco a poco. Y se hizo a la realidad sin estridencias. No era una mujer fatalista.

—¡Pobre papá! No ha querido decirme nada… por no hacerme sufrir.

—Sí, claro. Pero eso no explica su extraño comportamiento con el señor Jackson, su obsequiosidad con Freddy Johns ni que convenciera al doctor Cronam para suspender su trabajo por algún tiempo.

—Nada. No puedo pensar nada. Sólo trato de unir ciertas cosas… y confieso que cada vez me resulta todo más confuso. Si pudiéramos enlazar los motivos…

—Pero tú vas a intentarlo, ¿verdad?

—No me hagas prometer nada, Clara. No me gustaría tropezar con la voluntad de tu padre, precisamente por eso, por ser tu padre.

—Comprendo.

Sin embargo, en los días sucesivos, Peter abandonó algunos trabajos y renunció a ciertos asuntos prometedores para dedicarse al caso Lockwell—Freddy.

Investigó muy especialmente la vida del segundo. Supo quién era y cómo era. También que estaba prometido con una joven llamada Mónica Halle. La visitó varias veces en su domicilio, pero en ninguna de ellas logró encontrarla allí.

También averiguó que Freddy estaba entregado a su propósito de prosperar. Estudiaba como un loco, trataba con todos sus subordinados más importantes —el señor Lockwell había hecho que todos aquellos cerebros elevados fueran subordinados de un hombre sin preparación y de mediana inteligencia— y acompañaba al potentado durante muchas horas del día.

Por eso se llevó una grata sorpresa, cuando regresó a su despacho y se encontró con Mónica Halle, la prometida de Freddy…

* * *

Mónica fue sincera con el investigador, comunicándole todos sus

temores.

Peter la escuchó atentamente. Luego, preguntó:

—Bien, señorita Halle. Convengo en lo fundado de sus temores. Pero quisiera que me dijera qué espera usted de mí.

—Simplemente, conocer su opinión, señor Holmes.

—¿Mi… opinión?

—Así es.

—Ya entiendo. Me considera, ¿cómo decirlo?, parte interesada. Sabe que soy el prometido de Clara Lockwell y que, razonablemente, las preocupaciones de Clara han de ser un poco mías.

—Entienda usted una cosa, señor Holmes. Yo amo a Freddy. Lo amo tal y como es, quiero decir, que no necesita ganar millones para que seamos felices en nuestro matrimonio.

—No es usted ambiciosa.

—No.

—Pero Freddy sí lo es.

—Descabelladamente —asintió Mónica.

—Es usted una mujer sensata. Y ya que solicita mi opinión, le diré que sólo un loco puede hacer caso de otro loco, como el señor Lockwell. Sin embargo, Freddy, no sé si por azar o por demencia del señor Lockwell, se ha encontrado con el cuerno de la abundancia…

—Si no se cae de las alturas y se descalabra, ¿no?

—Exactamente: si no se cae y se descalabra.

—¿Usted no encuentra todo esto extraño, señor Holmes?

—¿A qué se refiere?

—No sé. Lo que sucede carece de toda lógica. Estuve tentada de acudir a la policía.

—Ha hecho bien, señorita Halle. El señor Lockwell es dueño de hacer lo que le plazca, y también Freddy de aceptarlo, siempre que ello no entrañe nada delictivo.

—Eso es lo que quisiera saber: ¿no hay nada delictivo?

—No lo creo. No debemos confundir la extravagancia con el crimen.

Mónica se sintió confusa y decepcionada.

—Entiendo…

—De cualquier modo, señorita Halle, pienso enterarme de los motivos que han movido al señor Lockwell en favor de Freddy.

—¿Me tendrá informada?

—No hay inconveniente.

—Se lo agradeceré.

—Bien. Pero ahora hábleme de su prometido, ¿hum?

Mónica asintió. Y estuvo hablando con entusiasmo de Freddy. Todo, hasta que aquellos dos hombres se marcharon con él para dirigirse a la residencia del señor Lockwell.

—¿Recuerda a esos dos hombres? —preguntó Peter.

—No puedo olvidar sus caras. Parecían dos asesinos.

—Me refería a sus nombres.

—Sí. Se llamaban Floyd Colbert y Jo Patterson.

Peter se mostró súbitamente sombrío.

—¿Está usted segura?

—Sí… ¿Usted los conoce?

—No —mintió Peter a propósito—. Pero los conoceré.

Siguió haciendo preguntas y Mónica se las fue contestando. Y al final, Peter le prometió ayudarla en lo que fuera necesario.

Una vez se hubo ido, Peter pulsó el botón del intercomunicador. Se escuchó la voz de Molly.

—¿Diga?

—Me interesa saber en qué nuevo «negocio» están metidos Floyd Colbert y Jo Patterson. Parece ser que han estado cumpliendo órdenes del señor Lockwell; pero dudo mucho que él tenga algo que ver con esas dos ratas de alcantarilla. Tiene que haber una tercera persona de por medio. Averígüelo.

—¿A qué «tecla» del hampa recurro?

—Scoffy es el más indicado.

—Bien.

Dos horas más tarde, Peter recibía la más inesperada de las noticias: Floyd y Jo eran… «colaboradores» del doctor Hoffman.

Molly le había dado el informe personalmente.

—Doctor Hoffman… —murmuró—. Un loco expulsado de la carrera por realizar actos ilegales.

—En efecto.

—¿Seguro que Scoffy no se ha equivocado?

—Sus «informes» no han fallado nunca —le recordó Molly.

—Es cierto. ¿Dijo dónde podía encontrar a esos dos tipos?

—Frecuentan el «Night Club Babilonia». Usted debe conocerlo.

Recuerdo haberle oído decir que se trata de uno de los peores antros de la ciudad.

—Y lo es, Molly —se puso en pie Peter, saliendo de detrás de su mesa—. Si Satanás tuviera la ocurrencia de venir a la tierra a buscar un lugar para antesala de su infierno, el «Babilonia» le parecería el más adecuado.

—¿Piensa ir allá?

—Ahora mismo.

—Sigue en pie mi oferta.

—¿Qué oferta?

—Una corona de hermosos crisantemos…

Molly desapareció con el primer gruñido del jefe.

CAPÍTULO VI

Diana se movía en la pista bajo las luces de los focos, sin más vestido que la pintura que cubría su piel.

Empezaba el espectáculo en el «Babilonia». Pero éste carecía de interés y atractivo para un hombre como Peter Holmes.

Descubrió a dos hombres en un lugar apartado de la sala. Los reconoció de inmediato.

Se acercó a ellos.

—Hola, muchachos. No me ha sido grato bajar a los infiernos para encontraros.

Floyd y Jo le miraron con manifiesto desprecio.

—Pierdes tu tiempo, detective —dijo Floyd—. No tenemos nada que ver con ningún crimen ni ningún robo. Últimamente, mi amigo y yo nos dedicamos a llevar una vida tranquila, ¿verdad, Jo?

—Claro, Floyd —respondió Jo en el mismo tono que su compañero—. No se nos puede acusar de nada.

—No he venido para acusaros.

—¿Entonces?

—Quiero información…

Los dos se rieron groseramente en sus narices.

—Pierdes tu tiempo, detective. ¿Por qué no desapareces? Nos estás dando sombra.

—No más que la silla eléctrica.

—¿Qué? —gruñó Floyd.

—Lo que oís. Sé que estuvisteis a buscar a Freddy Johns para conducirlo a «Black Hill».

Los dos hombres se miraron un momento.

—¿Y es eso un delito?

—No. Pero puede llegar a serlo.

—Explícate.

—Prefiero que lo hagáis vosotros. ¿Quién os encargó hacerlo?

—Pregúntaselo al millonario Ronald Lockwell —volvió a gruñir Floyd.

Los ojos de Jo brillaron con picardía, al decir:

—Tú lo conoces… ya que el viejo es el padre de tu chica, ¿hum? Has sabido picar alto, amigo.

—No me des el trabajo de tener que cerrarte la boca de un puntapié, Jo —Peter habló con dureza.

Floyd se levantó de la silla.

—¿Te has propuesto salir del «Babilonia» con las tripas abiertas? —amenazó.

Peter lo empujó con la mano, de modo que cayó de nuevo sentado. Y le clavó a medias los dos pulgares cerca del cuello, inmovilizándole.

—Escucha esto, Floyd: pienso salir por mis propios pies de este antro, y cuando lo haga, pese a vuestro deseo, iré a ver a la policía. ¿Me explico?

—A la policía… ¿para qué?

—Tal vez les interese averiguar qué clase de trabajo están haciendo dos tipos como vosotros. Será muy importante descubrir en qué nueva degeneración médica está complicado el doctor Hoffman.

Los dos hombres palidecieron ahora ante aquellas palabras.

—¿El doctor… Hoffman?

—Sí, Floyd. Y no necesito advertiros de que la policía es bastante más minuciosa y exigente que yo cuando huele algo podrido. Os espero en mi despacho dentro de un par de horas. Y no se os ocurra intentar ninguna tontería. Estaré prevenido.

Jo se movió sospechosamente.

Algo se introdujo en su vientre arrancándole un largo gemido. El codo de Peter había entrado en la carne blanda de manera salvaje.

Jo quedó sin aliento en su silla. Luego, el filo de la mano en el cuello le privó de conocimiento. La navaja que había sacado de su bolsillo se escurrió de entre los dedos hasta el suelo.

—¡Esto te pesará! —rugió Floyd.

E intentó echarse sobre el detective. Pero las dos manos de Peter le «acariciaron» el cuello de plano y se desplomó de la silla, inconsciente.

En la oscuridad del lugar, la pelea pasó inadvertida para el resto de la concurrencia.

Sólo una persona se percató de lo sucedido. Alguien que estaba citado con los dos granujas en aquella mesa.

Se había detenido al descubrir a otro hombre con ellos. Observó luego cómo aquel hombre los castigaba fácilmente Y se volvió

cuando Peter pasó a su lado dispuesto a abandonar el local.

El hombre lo reconoció, murmurando su nombre después que hubo desaparecido:

—Peter Holmes…

Estaba seguro de que el detective no había reparado en él. Y consideró que no debía correr ningún riesgo.

Sus pupilas brillaron inyectadas de un deseo maligno.

Avanzó lentamente hasta la mesa y contempló los cuerpos de Floyd y Jo, todavía inconscientes. También se fijó en la navaja que estaba en el suelo.

La mano enguantada del hombre descendió hasta ella. La recogió. Miró unos segundos a su alrededor. Nadie estaba pendiente de ellos. Aquella masa de degenerados aullaba y se movían con los ojos semicerrados.

Bastaron dos golpes certeros. Dos punzadas en un punto del cuerpo bien conocido para el hombre: el del corazón.

Ni siquiera se produjeron estertores en las víctimas.

Murieron sin enterarse.

El hombre abandonó luego la navaja y se deslizó por uno de los pasillos y entre las mesas, hasta encontrar la salida.

Llevaba las manos en los bolsillos, de ahí que nadie pudiera descubrir que llevaba ensangrentado uno de sus guantes.

Una vez en la calle, caminó aprisa hasta doblar la primera esquina. Se encontró con una señora gruesa.

—Buenas noches, doctor Hoffman.

—Buenas noches, señora Gross…

Ella practicaba el proxenetismo, a pesar de su cara aniñada y de su voz aflautada. Le había dado algún que otro trabajo ilícito al doctor. Pero cuando trató de hablarle, él no le hizo caso y continuó su camino.

La mujer se encogió de hombros y se alejó.

Hoffman tuvo que volver sobre sus pasos y sorprender a la mujer en cierto lugar oscuro y propicio. Estaba fofa y no le fue tarea difícil estrangularla.

No quería correr ningún riesgo. Y si la policía investigaba sobre la muerte de Floyd y Jo, la proxeneta no estaría presente para declarar que había visto al doctor Hoffman viniendo del «Babilonia».

Tampoco sentiría remordimiento. Floyd, Jo y la Gross no serían llorados por nadie. Su muerte resultaba un favor para la humanidad…

* * *

Peter se cansó de esperar en su oficina.

Esperaba que Floyd y Jo tuvieran la buena ocurrencia de presentarse para hablar. Era un favor que les hacía.

Había preferido que fuera en su despacho, ya que el antro donde los encontró no ofrecía ninguna seguridad, y no deseaba correr riesgos innecesarios.

Por otro lado, en su terreno podría sonsacarles cuanto deseaba saber. Y en el «Babilonia» hubieran podido tejer una mentira sobre otra. Lo tenía comprobado.

Finalmente, cansado de esperar, abandonó su despacho y se dirigió a «Black Hill». Aunque no le agradaba, pensaba mantener una entrevista con Ronald Lockwell.

Corría el riesgo de ser despedido y enquistar la voluntad del viejo contra sus relaciones con Clara; pero tenía que hacerlo, tenía que intentarlo.

O tal vez no encontrase al viejo y sí a Freddy Johns. Quizá fuera más interesante.

Al final, sólo encontró a Clara…

—¿Qué ocurre, Peter?

—Nada —evitó él informarla—. No te alarmes.

—Me sorprende.

—¿Por qué?

—Te habías estado negando a hablar con papá…

—Es cierto. Pero a veces la curiosidad es más fuerte que cualquier propósito. ¿Dónde está tu padre?

—Acaba de irse.

—¿Y Freddy Johns?

—Le acompañó.

—¿Adónde?

—No lo sé. No quiso decirlo. Sólo me comunicó que estarían fuera toda una semana.

—¿No han dicho nada a nadie?

—Papá dejó informada a su secretaria para que no cuenten con él durante estos días y que nadie se moleste en buscarle. Lo mismo hizo ese… Freddy. Nada más.

—Bien —se encogió Peter de hombros—. Será cuestión de esperar a que regresen…

CAPÍTULO VII

Molly entró en el despacho del jefe con un montón de periódicos. Los echó encima de la mesa, diciendo:

—El asunto se complica.

—¿De qué se trata? —preguntó Peter, tomando el primero de los diarios.

—Tres asesinatos. Dos de ellos, muy especiales.

—¿Amigos?

—Conocidos: Floyd Colbert, Jo Patterson… y cierta mujer enredada en el mundo del vicio.

Peter casi votó en el asiento. Devoró los artículos que trataban de aquellos asesinatos y en seguida comprendió por qué no habían acudido Floyd y Jo a su despacho la pasada noche.

—Esto lo explica.

—¿Explica qué?

—Tardaría demasiado tiempo en relatártelo. Ahora me interesaría saber qué relación existe entre las muertes de esos granujas y la de la vieja Gross.

—Quizá no tengan relación alguna. Ha habido otros asesinatos más en lugares distintos de la ciudad.

—Sólo me interesan los que apuntan al «Babilonia».

—¿Conocía usted a la Gross?

—Por desgracia —asintió el detective.

—Pasó ante un sinfín de tribunales y estuvo la mitad de sus años en distintas cárceles. Ejerció toda clase de vicios. Y cuando dejó de gozarlos, se dedicó a iniciar a jóvenes descuidadas y frustradas.

—Siga, Molly.

—Las últimas acusaciones fueron por asunto de drogas y desbaratamiento de embarazos. Y lo más importante…

—¿Sí?

—Tiene que recordarlo. Estuvo complicada en el sucio asunto que llevó a los tribunales al doctor Hoffman. Se esforzó en defender a ese «carnicero» y lo logró acusando a otros a quienes odiaba y que también ejercían la medicina ilegal.

—Es cierto, lo recuerdo. Yo mismo estuve en el juicio.

—Hoffman fue expulsado del Colegio Médico, incapacitado para

seguir ejerciendo su profesión, y pasó seis años en la cárcel. Fue lo menos que pudo pasarle, gracias a la señora Gross.

—Esto permite enlazar ciertas cosas —meditó Peter.

—Acabará por descubrir el sucio fondo de esas muertes —sonrió Molly, y abandonó el despacho.

Minutos más tarde, Peter salía de su santuario y se acercaba a la mesa de Molly.

—Creo que ya tengo la explicación —dijo.

—¿Ah, sí?

—En efecto.

—¿Cuál es?

—Hoffman estaba en el «Babilonia» cuando yo «adormecí» a Floyd y a Jo. Eso le alarmó. Dejó que me marchara, se acercó a la mesa… y empleó la navaja de Jo para matarlos. Ya eran un estorbo.

—Parece lógico.

—Lo es.

—¿Y la señora Gross?

—Estaba fuera del «Babilonia». Debió de encontrarse con Hoffman cuando éste abandonó ese sucio antro. La señora Gross ya le había ayudado en una ocasión; pero eso debió de costarle mucho dinero. Si ella declaraba que le había visto, podía enviarlo a la silla eléctrica. Y la mejor forma de cerrarle la boca a la vieja fue estrangularla.

—Mejor que dejarse hacer chantaje, ¿hum?

—Sí. Aparte de que Hoffman debía de tener otras razones más poderosas que el miedo al chantaje de Clara Gross para desear cerrarle la boca para siempre.

—¿Qué razones?

—De eso ya hablaremos cuando las averigüe.

—Bien. ¿Cuál es el próximo paso?

—«Black Hill».

—¿Otra vez el señor Lockwell? Pero si usted mismo me dijo que él y Freddy Johns habían salido de viaje sin decir a dónde.

—Y así es. Pero no he pensado esta vez en el señor Lockwell. Falló su perspicacia, Molly.

—¿Usted cree? —sonrió ella irónica.

Peter desistió de competir con su secretaria. Tenía argumentos muy especiales…

* * *

—Todo eso que me explicas es muy complicado, Peter.

—Lo sé, Clara. Pero tú me pediste que investigase y lo estoy haciendo.

—¿Qué temes?

—Herirte. La verdad resulta dolorosa muchas veces…

—¿A qué verdad te refieres?

—Todavía no la conozco. Pero empiezo a presentirla. Ya no me cabe la menor duda de que hay algo turbio en todo esto.

—No lo entiendo. No puedo entenderlo. ¿Qué extraña relación podría tener mi padre con alguien como Albert Hoffman?

—Clara, estamos en el siglo XXI. La ciencia ha avanzado a ritmo acelerado. Especialmente, la electrónica, la técnica y la medicina.

—No veo a dónde quieres ir a parar.

—Me aterra pensar en las avanzadas teorías de hombres como Hoffman. Ha hablado de extrañas mutaciones, de trasplantes anatómicos, de mil cosas espeluznantes. Ya no asombran desde hace medio siglo los trasplantes de vísceras. Millones de corazones artificiales funcionan en igual número de pechos humanos. Toda prótesis es hoy tan normal como una operación de apéndice en el siglo XX. El único azote incurable sigue siendo el cáncer.

—Y mi padre lo tiene.

—Lamentablemente, así es.

—¿Y se te ha ocurrido pensar…?

—Hay tres factores importantes, Clara: tu padre desahuciado, un joven lleno de vida llamado Freddy Johns… y un doctor expulsado de su ejercicio por prácticas inconfesables y peligrosas, como es Albert Hoffman.

—Peter, empiezas a asustarme.

—Ojalá me equivoque. Lo deseo muy de veras. Pero no puedo desterrar ciertas sospechas…

Ni Clara, tampoco.

Todo aquello iba presentando unos visos poco menos que alucinantes. Algo aterrador a la par que despiadado…

Regresó únicamente Freddy Johns.

Habían trascurrido diez largos días. Clara se mostró hostil y

desagradable con él.

—¿Cómo es que no ha vuelto mi padre con usted?

—No quiso decírmelo, señorita Clara. Tendrá sus razones, creo yo, para hacer lo que hace.

—Y… ¿qué es lo que hace?

—Estuvimos en Florida. Días monótonos de caza y pesca, sin ninguna compañía, él y yo solos. Su padre parece honradamente preocupado…

—Quizá tenga también motivos para eso, ¿no cree?

—Tal vez. Pero yo los desconozco.

—Es extraño. Él le ha nombrado… algo así como su segundo cerebro.

Las pupilas de Freddy Johns brillaron escrutadoras.

—¿Qué insinúa?

—No insinuó nada. Mi padre ha puesto en usted toda su confianza. Me sorprende que no le comunicase sus preocupaciones.

—Pues no lo ha hecho.

—Yo puedo decírselo, Freddy.

—¿Seguro?

—Sí. Mi padre padece… cáncer.

De nuevo brillaron extrañamente los ojos de Freddy Johns.

—¿Cómo lo averiguó?

—Eso es cosa mía. Pero dígame, ¿qué otras cosas hicieron usted y él en Florida, además de cazar y pescar?

—Hablar.

—¿Hablar? ¿De qué?

—De empresas, de todo aquello que puede resultar conveniente, de cómo mantener las industrias en una mayor línea de producción.

—Y piensa conseguirlo con usted.

—Eso espero.

—¡Está loco!

—No debería subestimarme, señorita Clara. No había estudiado nunca más allá de lo normal; pero soy una persona que asimila rápidamente las cosas. La industria, el comercio y las finanzas ya no son un secreto demasiado intrincado para mí. En unos cuantos meses, yo seré el cerebro ordenador de todos los cerebros que hoy sostienen el imperio de su padre.

—¿Cuándo piensa regresar?

—No me lo ha dicho. Ni siquiera sé si continúa aún en Florida o si ya se ha marchado a otro sitio.

—Cada vez lo encuentro más extraño.

—¿Por qué, señorita Clara?

—No pienso perder el tiempo explicándoselo a usted…

Clara se fue de «Black Hill» en su lujoso descapotable rojo. Iba más preocupada que nunca.

El comportamiento de su padre resultaba del todo ilógico, completamente absurdo. A menos que lo relacionase con la terrible sospecha que la atenazaba interiormente.

Y en cuanto a Freddy…

No lo entendía; pero hubiera jurado que su forma de hablar, sus maneras, su extraño modo de mirar… no eran los mismos. Incluso resultaba más inteligente, más dueño y seguro de sí mismo.

Pensó ir a explicárselo a Peter…

Sí, sería lo mejor. Quizá si él hablaba con Freddy Johns pudiera sonsacarle todo aquello que se esforzaba en ocultar.

Empezaba a estar preocupada por su padre. Resultaba triste y doloroso el que estuviera desahuciado. Pero sería más angustioso encontrarse con una verdad mucho peor…

CAPÍTULO VIII

Peter seguía estando preocupado. El doctor Hoffman había desaparecido sin dejar rastro que permitiera su localización.

Molly entró en el despacho con varios comunicados especiales. Al mismo tiempo, indicó:

—Mónica Halle espera que la reciba.

—Hágala pasar, Molly.

—Mejor que espere un rato. Antes vea estos comunicados…

Peter tomó aquellos papeles, notas breves, aunque sobradamente expresivas.

El cadáver del doctor Matius Cronam había sido extraído, juntamente con su automóvil, de uno de los pantanos de Miami. El general Walter Longs se había suicidado colocándose un cartucho de dinamita en la cabeza. Y Clark Milles, presidente y principal accionista de la «Unión Motors Oil» se había prendido fuego después de rociarse con gasolina. Tres muertes que Se consideraban como suicidios.

—Muy interesante…—murmuró Peter.

—¿Qué es lo que encuentra usted interesante, jefe?

— Molly le miró buscando penetrar en sus pensamientos.

—Luego se lo explicaré. Ahora haga pasar a Momea Halle.

—Bien…

Un minuto más tarde, Mónica tomaba asiento ante la misma mesa del despacho de Peter Holmes.

—Bien, señorita Halle. ¿Ha regresado Freddy por casualidad?

Mónica asintió. Y dijo:

—Por eso he venido a verle, señor Holmes.

—¿Qué ha ocurrido?

—Lo previsto. Freddy ha roto nuestras relaciones.

—¿Por qué?

—Me reprochó varias cosas, entre ellas el que soy susceptible, desconfiada y excesivamente tozuda.

—¡Vaya! Al muchacho se le han empezado a indigestar los dólares.

—Sí. Pero no es eso lo que ahora me preocupa, señor Holmes.

—¿Hay algo más?

—Ciertos detalles que hacen distinto a Freddy. Verá… Él siempre ha fumado gran número de cigarrillos… y ahora resulta que no fuma. Le gustaba beber y no bebe. Su comportamiento es distinto. Más que hablar, gruñe. Habla de manera dominante. E incluso el brillo de sus ojos no me parece el mismo. También me atrevería a jurar que ha dejado de ser un hombre normal para convertirse en un hombre inteligente.

—Lo dicho: indigestión de dólares. No se puede usted imaginar lo mucho que el dinero puede cambiar a un hombre, señorita Halle.

—Ya lo he pensado. Y daría de lado a todas esas cosas, a no ser porque algo extraño ocurrió cuando estuvo a verme hace unas horas.

—¿Qué ocurrió? —se interesó vivamente Peter.

—Créame que lo he pensado muchísimo antes de dar este paso, señor Holmes…—hipó Mónica, secándose algunas lágrimas.

—La creo. Ahora cálmese y explíqueme eso tan extraño, ¿hum?

—Sí, señor. Verá… Cuando Freddy apareció esta mañana por casa, estaba conmigo Doris Grey.

—¿Amiga suya?

—Y de Freddy, de toda la vida. Ella y Freddy fueron novios antes que tuviera relaciones conmigo. Pero después hemos seguido siendo amigos. ¡Es una mujer encantadora y muy especial!

—Sin duda merece todos sus elogios —sonrió Peter.

—Claro que los merece. Pues bien… Freddy no la reconoció.

—¿Cuánto hacía que no se veían?

—Un par de semanas, no más. Estuvimos juntos en una fiesta. Nos encontrábamos a menudo.

—Y dice usted que no la reconoció. ¿No será, quizá, que se sentía ya tan importante… que no deseaba conocerla?

—No, por supuesto que no. Entró, me besó… y antes de que yo le dijera que Doris había venido a visitarme, él se fijó en ella… y me preguntó quién era aquella chica tan agradable y hermosa.

—¿Cómo reaccionaron ustedes?

—Doris se quedó sin habla. Yo le había explicado algunas cosas… y su tono de voz no parecía obedecer a ninguna broma. Yo… me estremecí. Le hice un guiño a Doris y le dije a Freddy que se trataba de una buena amiga de Kansas que estaba pasando unos días en Nueva York.

—¿Cuál fue el comportamiento de Freddy?

—Se comportó con Doris como si de verdad no la hubiera visto nunca y creyera lo que yo le había dicho. Doris decidió despedirse. No entendía nada en absoluto y no quería ser un obstáculo entre Freddy y yo.

—En verdad que resulta extraño, señorita Halle.

—¿Cree que Freddy estaba fingiendo?

—Me temo que no.

—¿Y a qué puede achacarse su comportamiento?

Peter no quiso decir lo que sospechaba.

Y despidió a Mónica prometiéndole que averiguaría el por qué del extraño comportamiento de Freddy y que trataría de hacer que volviera a su lado tal y como era antes de entrar en contacto con el señor Lockwell.

* * *

Clara llegó a la oficina de Peter cuando éste estaba a punto de marcharse. Pasaron a su despacho.

—Freddy acaba de regresar, Peter.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Sí. Hace un rato estuvo aquí Mónica Halle, su novia. Freddy estuvo a visitarla antes de volver a «Black Hill», a «su» nueva casa.

—Y… ¿qué quería?

—Freddy rompió su compromiso con ella. Pero no era ése el motivo de su visita. Ese hombre se comporta ahora de una manera extraña y sospechosa…

—De eso es de lo que yo quería hablarte.

—¿Ah, sí?

—Sí. Verás, te explicaré…

Clara le contó detalladamente su entrevista con Freddy. Peter la escuchó atentamente. Y al final, decidió:

—Vamos, te acompañaré a tu casa y hablaré con Freddy personalmente.

—Es lo mejor. Tú sabrás cómo sondearle.

—Desde luego…

* * *

Freddy se mostró hostil y desconfiado frente al detective. Ya antes de entrar en conversación, declaró con frialdad.

—Señor Holmes, si viene para intentar sonsacarme…

—¡Un momento! —le interrumpió Peter—. ¿Cómo sabe que yo soy Holmes? Jamás nos hemos visto.

Freddy mostró manifiesto embarazo. Le costó trabajo responder:

—Bueno…, sabía por el señor Lockwell que el novio de la señorita Clara se llamaba Peter Holmes… y que era detective privado. Al verle llegar con ella, en seguida deduje que se trataba de usted…

—¡Vaya! —sonrió el investigador—. Resulta usted más sagaz de lo que me imaginaba.

—Terminaré lo que iba a decirle: no logrará sonsacarme nada que pueda disgustar al señor Lockwell.

—No necesitaré su colaboración, Freddy.

—¿De veras?

—De veras. Poseo información suficiente para encauzar toda clase de sospechas. Y creo que bastarán unos cuantos días para componer este extraño rompecabezas.

—No me imaginaba que esto fuera un rompecabezas… y además extraño, como usted dice.

—Pues ya ve que no todos pensamos de igual modo. Toda historia tiene su esqueleto. Usted, el señor Lockwell, el doctor Matius Cronam… forman parte de ese esqueleto.

Peter creyó percibir un brillo burlón en los ojos de Freddy.

—Y usted piensa darle forma con sus palabras, ¿no es eso?

—Digamos, mejor, con mis… averiguaciones.

—Ya. En ese caso permítame decirle que no estoy interesado en sus devaneos y que tampoco dispongo de tiempo para escucharle.

—¿Tan importante se ha vuelto?

—Más de lo que usted puede imaginarse.

—No lo crea. Nunca nadie ha sabido qué cosas tan extrañas puedo llegar a imaginarme yo. Así que su afirmación resulta del todo gratuita.

—Le gustan los juegos de palabras, ¿no es eso?

—Son parte de mi trabajo. Así que, también con palabras, le diré

unas cuantos cosas más. Hay otros nombres igualmente importantes: el doctor Hoffman, su prometida Mónica, Floyd Colbert, Jo Patterson…

Freddy se puso pálido. Sus labios se contrajeron.

—No los conozco. A excepción de Mónica, claro.

—¿Está usted seguro?

—Puedo jurarlo.

—Es una pena, perqué podría añadir unos nombres más: el del general Walter Longs y el de otro gran potentado llamado Clark Milles.

Aumentó la palidez de Freddy. Y también se hizo manifiesto su esfuerzo para no perder la compostura.

—No sé qué juego se trae entre manos, señor Holmes —dijo—. Pero pierde usted su tiempo… y, lo que es peor, me hace perder el mío.

—Peor será cuando todo se descomponga, Freddy. Es decir ya el juego empieza a mostrar sus fallos.

—No seguiré escuchándole…

Freddy intentó alejarse. Pero la autoritaria voz de Peter le obligó a detenerse:

—¡Un momento!

—¿Qué quiere ahora?

Peter se acercó a él y lo miró fijamente.

—¿Afirma que no conocía a Floyd Colbert y a Jo Patterson?

—Lo afirmo.

— ¡Miente!

—Usted lo dice —sonrió Freddy, ya más dueño de sí mismo.

—Lo digo yo… y lo dice también su prometida. No olvide que estaba con ella en su casa cuando ellos se presentaron a buscarle y le trajeron hasta «Black Hill».

—Señor Holmes, acabo de romper mis relaciones con Mónica. Es demasiado simple, excesivamente quisquillosa y carece de toda aspiración. Entiendo que debe estar resentida… y todo lo que diga puede ser con el vano propósito de perjudicarme. ¿Tiene algo más que decirme?

—Sí. El cadáver del doctor Matius Cronam ha sido hallado en un pantano de Miami. Las autoridades piensan que ha sido un suicidio; pero yo sospecho que fue asesinado.

—¿Y en qué me afecta eso a mí?

—Él doctor Cronam asistía al señor Lockwell. Él fue quien lo desahució… por padecer cáncer.

—Bien. Explíquele eso al señor Lockwell. Tal vez a él pueda interesarle, si es que no está ya enterado.

—No podré preguntárselo si no se presenta.

—Lo siento.

—¿También siente las muertes de Floyd y Jo?

— Insisto en que no conocí nunca a esas personas.

—Se ha vuelto usted muy astuto, Freddy. Tanto… que casi no parece el mismo.

—¡Ya me he cansado de escucharle, Holmes! Freddy dio media vuelta y se alejó.

—¿Qué has conseguido, Peter?

—Mucho, Clara. Te lo explicaré en otro momento. Ahora, te lo ruego, no me hagas preguntas y haz lo que te pido. Ve a ver a Molly, quédate con ella y esperad que yo regrese.

—¿Es que piensas irte?

—Necesito hacer algunas averiguaciones.

—Ten mucho cuidado, cariño.

—No te preocupes.

Se besaron…

CAPÍTULO IX

La viuda del general Walter Longs recibió amablemente a Peter Holmes. Estaba resignada. Era una mujer con entereza, de carácter.

—Amaba mucho a mi marido. Pero… intento comprender que estas cosas suceden, a veces.

—Así es, señora Longs.

—Walter andaba un poco extraño durante los últimos días. Lo notaba ausente, disgustado. Sin embargo, llegué a sorprender su mirada en determinados momentos… y hubiera jurado que irradiaba felicidad.

—¿Encuentra alguna explicación a su comportamiento?

—Bueno…, supongo que Walter ya había tomado esa decisión. Se sentía demasiado solo desde que pasó a la reserva. Usted ya sabe, nadie se considera nunca acabado. Y Walter era un hombre activo, no podía resignarse a llevar una vida pasiva y monótona. Si decidió poner fin a su vida, quiero entender que aquellas miradas reflejaban algo así como el placer de su… liberación.

— Entiendo.

—Dejó una carta de su puño y letra, explicando su decisión y los motivos que le impulsaron a ello. Me pide perdón, me ruega que no le llore y que piense que él es feliz de ese modo.

Había lágrimas en los ojos de la viuda.

Peter dejó pasar algunos segundos antes de preguntar:

—¿Le molesta mi indiscreción, señora Longs?

—No se preocupe, señor Holmes —negó ella con la cabeza—. Sé que usted y mi marido eran buenos amigos. Pregunte lo que desee.

—Bien. ¿Puedo conocer los términos de su testamento?

—Por supuesto: Walter lo dejó todo bien arreglado. No hay problema en ese sentido. Me nombra heredera universal de todos sus bienes. Quizá sería distinto… si hubiéramos tenido hijos.

—Comprendo —murmuró Peter, algo decepcionado.

Y se despidió de la señora Longs, después de unas frases amables de consuelo y agradecimiento.

Se encontró en las escaleras del edificio con Arnold Power, un joven militar de carrera fulgurante. Poseía el grado de coronel y prometía llegar a general en breve.

Power irradiaba optimismo, vitalidad, deseos de vivir. Conocía al investigador y se estrecharon la mano alegremente.

—¡Peter! Qué sorpresa…

—Hola, Arnold. ¿Cuánto tiempo sin vernos?

—Todo un año. Se ve que estás tan apegado a tu trabajo como yo al mío. ¿Qué tal van tus investigaciones?

—Soy un hombre de suerte —sonrió Peter con modestia—. Siempre encuentro un cabo del que tirar… y mi prestigio crece día a día.

—Me alegro.

—Tú también progresas en tu carrera, según he podido comprobar. Espero que luzcas pronto los distintivos de general.

—También yo lo espero. Pero dime, ¿cómo está la señora Longs?

—Ha sabido sobreponerse. Es una mujer magnífica.

—Sí, me consta…

Las pupilas del joven coronel brillaron extrañamente. Peter creyó percibir en sus ojos algo nuevo y distinto. Preguntó:

—¿Qué tal Susan?

—Acabo de regresar de Chicago. He pasado varios días con mi familia. Pensaba visitarla esta misma tarde; pero me enteré de lo que hizo el general Walter… y decidí visitar a su viuda antes.

—Entiendo. Dale muchos recuerdos míos y de Clara. Vivimos en la misma ciudad y no nos vemos casi nunca.

—Nueva York es un mundo particular y demasiado intrincado —sonrió Power.

—Sí, eso pienso…

Se despidieron.

De nuevo en su automóvil, Peter se sentía extraño y pensativo. Había cosas que no encajaban, cosas que excitaban sus sospechas. Además, su sexto sentido, aquel instinto especial suyo, parecía querer advertirle de algo anormal y desconocido. Era… una especie de radar que jamás le había fallado.

Sin saber él mismo qué motivo le impulsaba, detuvo el automóvil en un hueco de la calle Lincoln y entró en un bar.

Pidió una cerveza y habló por teléfono con Molly:

—Quiero que me consiga la dirección de los padres de Arnold Power, en Chicago.

—¿Se refiere a su amigo el coronel?

—Sí.

—Deme el número de ese teléfono y le llamaré dentro de cinco minutos.

Fueron cuatro los minutos que empleó Molly en darle el número de teléfono y la dirección completa de los Power, en Chicago.

Peter solicitó conferencia de inmediato y habló con la madre del joven coronel. Ella y su esposo le conocían, por mediación de Arnold.

—Hola, señor Holmes. ¿En qué puedo servirle?

—Desearía hablar con Arnold, señora Power. He tratado de localizarle aquí, en Nueva York, pero alguien me dijo que estaba con ustedes desde hace algunos días.

—Lo siento. Le han informado mal. Hace por lo menos cuatro meses que Arnold no nos visita. Pero dígame, ¿ocurre algo?

Peter tuvo que hacer un esfuerzo para contestar. Las palabras de la señora Power habían activado sus extrañas sospechas. Respondió:

—Nada que deba preocuparles, señora Power. El general Longs ha tenido un grave percance… y deseaba comunicárselo.

—Lo lamento. Señor Holmes, si localiza a mi hijo, hágame el favor de decirle que estamos muy deseosos de verlo.

—Así lo haré, señora Power…

Cuando Peter colgó el microrreceptor, lo hizo de forma mecánica, ya que su pensamiento estaba entregado a ciertas dudas que le mordían rabiosamente…

* * *

El médico forense manifestó extrañeza y curiosidad, después de todas aquellas preguntas de Peter Holmes.

Y preguntó:

—¿Qué es lo que anda usted buscando, señor Holmes?

—Doctor, se reiría usted de mí si le comunicase mis sospechas.

—Pues no encontrará nada realmente sospechoso en este caso. Está bien claro. El general Walter dejó escrita de puño y letra su decisión.

—¿Sabe usted de muchos generales que se hayan volado la cabeza con un cartucho de dinamita, doctor?

—Ninguno —aceptó el forense—. Pero eso no quiere decir nada.

El general tuvo esa mala ocurrencia, lo mismo que hubiera podido arrojarse desde un rascacielos.

—Sí. No obstante, los que conocíamos al general Longs sabíamos de sus principios y particularidades. Era un hombre de los que caminan en una línea recta irreprochable.

—¿Y…?

—Su forma de abandonar este mundo resulta muy poco ortodoxa, contraria a sus principios.

—Convengo en ello, señor Holmes. Sí, tiene usted razón. No obstante, la evidencia no puede ser más clara.

—Y… ¿cuál es la verdadera evidencia, doctor?

El forense se quedó con dos palmos de boca abierta, sin poder replicar a aquella pregunta, cuando Peter abandonó su despacho.

Una vez en la calle, las dudas del detective eran aún mayores. El tipo de suicidio no encajaba con la personalidad del general. La autopsia tampoco había revelado nada especial, quizá porque había sido un trabajo rutinario y superficial, dada la llamada «evidencia» del suicidio.

Pero Peter había obtenido algo importante en aquella entrevista…

* * *

Una hora más tarde, Peter hablaba con Sheila Milles, la hija de Albert Milles, el potentado de la «Unión Motors-Oil», que se había suicidado rociándose el cuerpo con gasolina y prendiéndose fuego, al estilo «bonzo».

También el señor Milles había dejado una carta escrita explicando los motivos que le habían impulsado a tomar semejante decisión. Estaba cansado de la vida y buscaba la «paz». Le pedía perdón a su hija… y ninguna explicación más.

Luego, en su testamento, hacía ciertas concesiones muy elevadas a nombres de Buck Hoover, un hombre de treinta y dos años que dirigía desde hacía medio lustro los destinos de su empresa con especial acierto y honradez.

Por otro lado, Hoover salía con su hija Sheila, había cierto compromiso amoroso entre ellos y quizá decidieran casarse. Era normal que le diera poderes y posición.

Pero, como en el caso particular de Ronald Lockwell, el señor Milles había retirado de su cuenta bancaria una suma de dinero también exorbitante: doscientos millones de dólares… cuyo paradero nadie había podido explicar aún.

— Así están las cosas, Peter. ¿Por qué tuvo que hacer papá una cosa tan horrible?

—¿Cuál era su estado de ánimo últimamente?

—A ratos parecía amargado, y otros, en cambio… cualquiera hubiera dicho que era un hombre feliz. No puedo entenderlo.

—¿Estuvo Clara a verte?

—Me llamó por teléfono. Según me explicó, también ella está preocupada por su padre. ¿Qué ocurre, Peter?

—Me gustaría saberlo —el detective soslayó toda posible explicación—. Parece que haya empezado toda una plaga de suicidios…

—El general Longs y mi padre. ¿Qué otro más?

—El doctor Cronam, en Miami. Y me temo que el padre de Clara no siga distinto camino…

—¿Es una sospecha?

—Un presentimiento, Sheila. Pero dime, ¿qué han hecho con los restos de tu padre?

—Estaba calcinado, Peter… —Sheila se secó las lágrimas, pero pronto se sobrepuso—. Ordené su incineración. Conservo sus cenizas en una cajita de ébano y metal.

—Entiendo. ¿Conoces el informe del forense?

—No hubo complicaciones. Las frases de rigor…

—No sufras el dolor de repetirlas. Juraría que me las sé de memoria. ¡Bien! Debo irme. No necesito decirte cuánto lo siento…

—¡Gracias, Peter!

—Saluda a Buck en mi nombre.

—No me des ese trabajo, te lo ruego.

—¿Es que van mal las cosas entre vosotros?

—Bueno…, en realidad nunca fueron bien del todo. Y desde hace algunos días, Buck no es el mismo. No sé qué habrá encontrado durante su último viaje a Indianápolis con papá.

—¿Él y tu padre estuvieron fuera algún tiempo?

—Sí, unos diez días. Luego, Buck regresó solo.

—¿Cuándo volvió tu padre?

—Creo que ayer por la tarde. Se encerró, según creo, en nuestra villa de Gragstur… y cuando lo encontraron…

—Serénate, Sheila.

Peter siguió hablándole un rato. Luego se fue.

Todo iba encajando con sus sospechas. Pero le faltaba llegar al fondo del asunto, a la explicación del motivo.

Tenía que moverse aprisa…

CAPÍTULO X

El enorme avión ultrasónico aterrizó en la inmensa pista del aeropuerto de Miami.

Una vez abandonó el aparato, perdiendo sólo el tiempo justo para hacer una llamada telefónica, Peter Holmes tomó un «taxi» y se dejó engullir por la gran vorágine de vehículos que circulaban a velocidades vertiginosas.

El espacio estaba delimitado y no existía el límite de velocidad, como en los calamitosos años del mil novecientos. Los rápidos bólidos de generador atómico exigían constante renovación en las ciudades.

Llegó a una agencia de alquiler y despidió al taxista, procurándose un magnífico auto velocísimo y a prueba de balas.

Minutos más tarde, conducía por el centro de la ciudad, para terminar tomando una de las autopistas exteriores que conducían a la lujosa playa de Miami Sun.

Al final, se detuvo frente a un lujoso edificio, en el que entró y preguntó por David Curtís. Se trataba de un policía retirado, pero que hacía determinados trabajos como detective, en algunas ocasiones.

Él y Peter se conocían. Y se saludaron efusivamente.

—Hace un rato que hablé con Molly, tu secretaria. ¿Sigue tan encantadora y activa como siempre?

—Si te preocupases de visitarnos alguna vez, lo comprobarías por ti mismo. Aunque… Molly te odia, ¿lo sabías?

—Algo me ha dado a entender. ¿Por qué ese odio, Peter?

—Molly es enamoradiza, tú lo sabes mejor que nadie. Le hiciste ver un mundo maravilloso… y luego desapareciste.

—No es culpa mía —Curtís rió la broma de su amigo—. Había trasegado varias botellas de un whisky delicioso… y cuando descendí de las nubes, me horrorizó pensar que pudiera estar atado.

—¿Tanto te espanta el matrimonio?

—Con perdón de Molly y de todas las mujeres guapas de este pícaro mundo, ¡me aterra! Soy un soltero recalcitrante, y así moriré.

—Claro que morirás, pero no de muerte natural. Sólo tienes que caer en manos de Molly o de cualquier otra desengañada… y sabrás

lo que es morir asesinado.

Curtís rió a carcajadas. Le divertían aquellas bromas. En el fondo, no era otra cosa que un hombre robusto con corazón de niño. Y ni siquiera él mismo estaba convencido de que no fuera la continuación de una broma aquel falso odio de Molly.

— ¡Eres imposible, Peter!

—Oye, ¿sabes que vives como un potentado?

—Tengo un retiro estupendo, aunque no da para esto. Pero me he ganado fama de buen investigador… y aquí las dietas se van a las nubes, muchacho. Trabajo poco y cobro mucho.

—Me alegro. Te lo mereces.

—Gracias…

Curtis le sirvió un vaso de excelente whisky, y luego encendieron sendos cigarrillos.

—¿Te informó Molly de lo que me ha traído aquí?

—Me dijo que investigabas una cadena de casos extraños. Y que el objetivo principal de tu viaje se refiere al suicidio del doctor Matius Cronam.

—Exacto, David.

—¿Qué tratas de averiguar?

— No creo que fuera un suicidio, sino un caso de homicidio. Un asesinato diabólicamente planeado.

—¿En qué te fundas?

— Si te explicase todos mis pasos, terminarías abriendo la boca de oreja a oreja. Y no quiero que te burles de mí.

—¿Tan extraño resulta?

—No te lo imaginas. Si me equivoco, yo fundiré mis sospechas y me apalearé a mí mismo. Si estuviera en lo cierto… pensaría que nuestro mundo ha empezado a resquebrajarse y que bastarán unos cuantos cirujanos sin escrúpulo para hacer una humanidad satánica.

—Muchacho, empiezas a preocuparme.

—Yo ya lo estoy desde hace varios días, David. Pero es demasiado delicado para que me explaye alegremente. Preferiría equivocarme.

—Bien. ¿Cómo definirías la cuestión?

—De *comercio diabólico.*

—Demasiado dramático.

— No es broma. David.

—No, ya me doy cuenta —Curtís acentuó su seriedad—. Dime en qué puedo ayudarte.

—Tú tienes aún acceso a los centros policíacos.

—Así es. Pero a ti te conocen perfectamente y…

—No quisiera presentarme allí, David.

—Ya entiendo. No quieres levantar la liebre, ¿no es eso?

—Querrían saber por qué investigo esa muerte… y me disgustaría andar con evasivas que no convencerían a nadie. Saben por experiencia que no suelo enseñar los dientes si no es para llegar hasta el mordisco. Y eso podría perjudicar mis posteriores investigaciones.

—No te preocupes —asintió David Curtis—. Dime qué detalles te interesan y obtendré las respuestas.

—Te quedaré muy agradecido…

Peter le explicó todo lo que deseaba saber.

David terminó su whisky, le dio una palmada en la espalda y se ausentó de la lujosa «suite» prometiéndole volver en seguida.

Tardó una hora en regresar. Y los detalles que le facilitó su amigo no pudieron ser más concretos:

—El cuerpo no presentaba señales de lucha, de golpes. No había ningún elemento extraño en sus jugos gástricos. No dejó nota alguna de su propósito. Tampoco existió accidente ni despiste del auto que conducía: fue directamente al lago, recorrió varias millas y se lanzó después al pantano donde fue hallado. ¿Te aclara esto algo?

—Parece complicarlo. Confiaba en que la autopsia hubiese revelado algo anormal.

—Pues no ha sido así. Pero sí hay algo significativo que quizá te interese saber… y que yo averigüé por propia iniciativa.

—Suéltalo. ¿Qué es?

—El tal doctor Cronam parece ser que ingresó varios días antes de su muerte una suma muy considerable en uno de los bancos locales.

—Eso está mejor. ¿A cuánto asciende esa suma?

—A trescientos mil dólares.

—¡Vaya! Se necesita «bombardear» a muchos cancerosos con el «cobalto» para conseguir una cifra así, ¿no te parece?

—Desde luego. ¿Te da eso alguna luz?

—Lo aclara todo, según creo.

—Bien. En ese caso, ¿qué te impide contarme ahora lo que sucede?

—No me pongas el puñal en el pecho, David. Todavía puedo estar equivocado. Y el asunto es demasiado comprometedor.

—De acuerdo. No te forzaré. Ahora ¿qué te parece si salimos un rato y nos divertimos…?

—Imposible. Necesito regresar a Nueva York.

—Pero si acabas de llegar.

—Y ya quisiera estar de vuelta. Otra vez será…

Curtís tuvo que desistir de convencerle.

Y una hora más tarde, en otro poderoso aparato supersónico, Peter regresaba a Nueva York.

Desistió de ir a su despacho. Lo había estado pensando durante el viaje. Así que nada más puso los pies en tierra, se dirigió a las oficinas del abogado Sherman…

* * *

El abogado se mantenía en sus trece, negándose a los deseos de Peter Holmes.

—Lo siento —Concluyó—. No puedo revelarle nada.

—Allá usted, señor Sherman. Puede ser el primero en lamentarlo.

—¿Por qué? Sólo cumplo con mi deber de abogado.

Peter hizo un último intento. No había querido revelarle al abogado cuanto concernía a sus investigaciones especiales. Pero no le quedó otro remedio que hacerlo.

—Escuche con atención, señor Sherman. Lo que voy a confiarle es tan importante, tan insólito, que le obligará a mostrarme ese testamento y a no decir ni una sola palabra a nadie aunque se lo pida.

—Oiga, yo…

—Es preciso que me escuche. Dos hombres llevaron a cabo una tarea para complacer al señor Lockwell. Se llamaban Floyd Colbert y Jo Patterson. Tenían que llevar a «Black Hill» a un joven llamado Freddy Johns.

—Siga.

—Esos hombres parecían cumplir órdenes del señor Lockwell, pero en realidad obedecían a cierto médico expulsado del Colegio por sus prácticas inconfesables y peligrosas. ¿Ha oído hablar de Albert Hoffman?

—Sí. Conozco su proceso.

—Bien. Ahora pasemos al señor Lockwell. Retira una cantidad exorbitante de sus bancos y hace un viaje en compañía de Freddy Johns, del cual no regresa. Usted me indicó que hablase con el doctor Cronam, ¿no fue así?

—En efecto.

—La señorita Clara y yo fuimos a verle, pero no estaba. Se había ido a Miami Sun. Nos las ingeniamos para llegar hasta sus armarios de archivo y obtuvimos una copia del expediente del señor Lockwell.

—Entonces, ya saben…

—¿Qué tiene cáncer y está desahuciado? Sí, lo supimos en seguida. Pero me resultó sospechoso el viaje del doctor Cronam.

—Recuerdo haber leído que se suicidó en Miami…

—Eso lo ha dicho la prensa. Pero yo estoy seguro de que no fue suicidio, sino asesinato. Y esto nos conduce de nuevo al señor Lockwell.

—¿Sospecha que él…?

—Es lo que quiero averiguar.

—Pero ¿por qué?

— Porque no es cierto que el señor Lockwell padezca cáncer. Era una forma de tratar de desviar posibles sospechas. Pero las cosas se complicaron… y había que cerrarle la boca al doctor Cronam. Por eso fue asesinado… aunque quisieron presentar su muerte como un suicidio.

—¿Cómo puede afirmar tales cosas?

—Volvamos a Floyd Colbert y a Jo Patterson, los dos hampones que condujeron a Freddy Johns a «Black Hill». Traté de hablar con ellos, pude hacerlo… pero falló el procedimiento. Encontraron sus cuerpos apuñalados en el «Babilonia».

—¿Quién pudo hacerlo?

—Sospecho que el doctor Hoffman. Podían hablar…y estaban mejor muertos. De pronto, aparecen en la prensa las noticias de otro suicidio: un general retirado y el presidente de una gran empresa.

Investigo sus muertes y descubro que hay muchos cabos sueltes, muchas cosas anormales.

— ¿Piensa que puedan tener relación esas muertes con la de los dos hampones, la del doctor Cronam… y el extraño comportamiento del señor Lockwell?

—Estoy completamente seguro, señor Sherman.

—Bien. La cosa es sumamente grave, como usted dice. Pero… ¿qué espera encontrar en este testamento?

—En realidad, creo saber lo que contiene, pero necesito confirmar mis sospechas. Así podré obrar ya sobre seguro.

—Todo esto me aterra un poco…

—No necesita violar el sobre que contiene el testamento, señor Sherman. Basta que usted responda a unas preguntas, pero lo ha de hacer sin rodeos. Necesito la verdad.

El abogado dudó unos instantes. Al fin se decidió a colaborar:

—De acuerdo. Puede preguntar.

—¿Ratifica el señor Lockwell su confianza en Freddy Johns?

—Sí. Y de manera que nadie pueda rebatirla.

—¿Le beneficia en su herencia?

—En una cuarta parte de todos, sus bienes —asintió el abogado, limpiándose el sudor del rostro con el pañuelo.

—¿De qué forma están distribuidos los demás bienes?

—Otra cuarta parte será para su hija, la señorita Clara.

—¿Y el cincuenta por ciento restante?

—Corresponde a su imperio industrial sobre el cual únicamente tendrá totales poderes Freddy Johns.

—¿Explica qué ha hecho con los mil millones de dólares que ha retirado de los bancos?

—Ha querido favorecer a ciertas personas a las que siempre ha querido y también para hacer, de una manera anónima, muy importantes obras de caridad.

—Como el que quiere limpiarse de pecados cuando la muerte llama a su puerta, ¿no es eso?

—Así parece…

—¡Todo mentira!

—Señor Holmes…

—Está bien, olvidemos eso. Y dígame, ¿explica por qué hace tales cosas?

—Porque ha tomado una decisión. El doctor Cronam le ha desahuciado, padece cáncer… y no quiere morir sufriendo.

—Lo que indica que piensa suicidarse.

—Eso me temo.

Peter se puso en pie.

—Gracias, señor Sherman.

—¿En qué le ha ayudado todo esto, señor Holmes?

—En mucho. Confirma mis sospechas totalmente. Pero necesitaba estar seguro. No le molestaré más.

—¿Cree que podrá ayudar al señor Lockwell?

—No ha querido ayudarse él a sí mismo, ¿por qué habría de hacerlo yo?

—Usted es el prometido de su hija.

—Cierto. Pero dudo mucho que ella quisiera seguir viendo con vida a su padre… después de todo lo que él está haciendo para conservar esa vida.

—Habla usted de una forma que sobrecoge…

—No es para menos, señor Sherman. Lo que está sucediendo es más peligroso que la amenaza de una invasión extraterrestre.

—¿Se ha vuelto loco?— tembló el abogado.

—Ojalá me equivoque…

CAPÍTULO XI

Peter llegó a su despacho con los nervios en tensión. Encontró a Molly inquieta, preocupada.

—¿Qué ocurre?

—Ha sucedido otra muerte, Peter.

—¿El señor Lockwell?

—No.

—Vamos, ¿quieres destrozar mis nervios?

—Se trata de Albert Hoffman…

—¡Qué!— se sobresaltó el detective.

Luego se dejó caer pesadamente en el asiento, detrás de su mesa.

—No lo esperaba, ¿verdad?

—Confieso que no. Pero ahora que lo pienso… diría que no podía hacerse esperar esa muerte. Y además, me quita un gran peso de encima.

—Nunca vi que algo así le alegrara —observó Molly—. Ni aun tratándose de un criminal peligroso.

—Este caso es distinto, Molly. Me tenía sobrecogido.

—¿Es que nunca va a explicarme lo que ocurre realmente?

—Preferiría ignorarlo yo mismo, ahora que el mayor peligro está conjurado. ¿Se sabe cómo ocurrió esa muerte?

—Asesinato, sin lugar a dudas. Le dispararon todo un cargador de pistola casi a quemarropa.

—¿Dónde?

—En un inmueble del Distrito Bajo. Parece que tenía montado allí un extraño laboratorio.

—¿Quién lo descubrió?

—Un individuo borracho. Estaba durmiendo la «mona» en el callejón y lo despertaron los disparos. Afirma que vio salir huyendo del inmueble a un hombre joven. Dio sus señas a la policía.

—¿Conoce esas señas, Molly?

—Sí. Pude hablar con el sargento Kresler.

—Dígamelas.

—Es una descripción que corresponde por entero a… Freddy Johns.

—No le habrá dicho eso a Kresler, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Incluso podría equivocarme…

—No se equivoca, Molly.

—¿Entonces cree usted que fue él?

—No podía ser otro.

—¡Esto resulta mareante! Nos volveremos todos locos.

—Cálmese. Las «piezas» se van ensamblando como corresponde. ¿Avisó el borracho a la policía?

—Sí. Lo hizo más por su propio bien que por civismo. Estaba tumbado en el callejón durmiendo la borrachera, como ya le dije, y temió que alguien le hubiera visto y pudieran culparle a él.

—Muy sensato. Hasta los criminales tratan de escudarse en la policía, cuando las circunstancias les acusan. Viven como sapos, pero no quieren la silla eléctrica.

—Siempre ha ocurrido así.

—¿Ha dicho que había un extraño laboratorio en ese inmueble?

—Sí. En los sótanos. Con aparatos y algunos instrumentos muy raros. Por lo visto, no son de fabricación industrial, sino elaborados a mano.

—Todo concuerda. ¡Santo Dios! —exclamó Peter, incorporándose—. ¿A dónde hubiera llegado ese monstruo?

—Peter…

—¡No, Molly, lo siento, todavía no puedo explicarle nada! No insista.

—No insistiré. Pero tranquilícese. Jamás le he visto tan alterado, usted que tiene nervios de acero y sangre a bajo cero.

—¿Sabe qué está haciendo la policía?

—Lo de rutina. Se sorprendieron de aquellos extraños aparatos. Pero, ya estaban en antecedentes de las inconfesables actividades, de Hoffman, terminarán por restarle importancia al asunto y dejarlo todo zanjado.

—¿A qué achacan esa muerte?

—El propio sargento Kresler está convencido de que se trata de una venganza personal. Muchas mujeres han muerto en manos de ese miserable carnicero. Lo que en los hospitales llaman legrado, en los bajos barrios sigue siendo «raspado». Se sigue provocando el aborto… y muchas infelices no salen de la operación.

—Y… ¿tienen idea de quién pueda ser el asesino?

—Ninguna. Hay muchos hombres que responden físicamente a

la misma descripción de Freddy Johns. Por otra parte, no creo que la policía se vaya a esforzar demasiado en atraparle. Creen que tal vez se trate de algún ciudadano enloquecido por el dolor… y no considerarán justo hacerle pagar con la vida una muerte que nos libera a todos de un maldito monstruo.

—Ya me ha echado dos discursos seguidos, Molly. ¿Tiene alguna otra cosa importante que comunicarme?

—Ah, sí. Perdone. La señorita Clara ha preguntado varias veces por usted. Está muy inquieta.

—¿Sólo… inquieta?

—¿Esperaba alguna otra cosa?

—Es posible. ¡Bien! Iré a verla. Cualquier cosa que suceda, Molly, procure comunicármela lo más pronto posible.

—Siempre que me tenga al corriente de sus pasos —replicó la chica con una sonrisa—. A veces tengo que acelerar los motores de mi cerebro para tratar de localizarle.

—De acuerdo. Por lo pronto, me dirijo a «Black Hill» y allí…

El repiqueteo del teléfono le interrumpió.

Molly tomó el aparato y dijo:

—Perdone, eche el «freno» un segundo, jefe —y luego habló, jugando con el aparato—: Oficina de Peter Holmes. Diga.

—…?

—¿El señor Holmes?

—…?

—Pues…

—¿Quién es?— preguntó Peter, gesticulando más que hablando para que no se oyera su voz.

Molly cubrió el micro con sus finos y largos dedos, y repuso en el mismo tono:

—La señorita Lemnon…

—Deme — Peter casi le arrebató el aparato—. ¿Susan?

—Hola, Peter…

—Perdona que te hiciera esperar. ¿Ocurre algo?

—Todavía no lo sé cierto. Pero estoy un poco angustiada… y necesito verte.

Molly se dispuso a salir del despacho.

—Un momento, Susan —tapó el aparato con la mano—. Molly, espere.

—Diga —se volvió ella.

—Llame a Clara y dígale que tardaré una hora o poco más en reunirme con ella en «Black Hill».

—¿Algo más?

—Nada más.

—Si me pregunta, ¿puedo decirle que estará usted con la señorita Lemnon?

—Como quiera.

Molly abandonó el despacho. Y Peter volvió a dirigirse a la prometida de su amigo Arnold Power, el joven y fulgurante coronel:

—¿Susan?

—Sigo al aparato, Peter.

—Bien. Me imagino que esa angustia tuya debe de obedecer a algo muy especial, si no me equivoco.

—No sabría cómo explicártelo…

—¿Concierne en algo a Arnold?

—Sí. Estuvo a verme… y lo he encontrado muy extraño. No parece el mismo, Peter.

—¿Dónde estás?

—En casa.

—Pues no te muevas de ahí, en seguida estaré contigo.

—Date prisa, Peter. No quisiera que estuviera mi padre presente cuando hablemos. Se preocuparía demasiado.

—Iré en un vuelo…

* * *

Peter llegó al domicilio de Susan Lemnon tan de prisa como le fue posible. Todavía no había regresado el mayor Lemnon, padre de la chica.

—Bien, Susan. ¿Qué pasa con Arnold?

—Vino a verme… y a decirme que… motivos muy personales le obligaban a romper nuestras relaciones.

—¿Te lo dijo así, fríamente?

—Sí…—asintió Susan con voz estrangulada.

No pudo evitar algunas lágrimas.

—Cálmate, Susan. Y ahora dime, ¿no te dio ninguna explicación, las razones que le obligaban a ello?

— No.

—Pero… él te quería, te lo ha demostrado muchas veces.

—Tiene que ocurrirle algo, Peter.

—Tal vez… ¿Qué notaste en él de extraño?

—Su forma de mirar, su forma de hablar y de decir las cosas, su manera de moverse y de gesticular. Parece como si una segunda persona se hubiera metido en su piel echando fuera al Arnold que todos conocíamos.

Aquella suposición detuvo a Peter junto a la vieja, aunque lujosa biblioteca del mayor Lemnon.

Palideció.

—Repite esas últimas palabras, Susan —rogó.

—Estás pálido, Peter…

—Por favor, repite esas últimas palabras.

—Bueno… he dicho que parecía como si otra persona se hubiera metido dentro de la piel de Arnold.

—¡Eso!— murmuró Peter—. Ahí está la pieza que faltaba…

—Peter, ¡por Dios!, no me aterres. ¿Qué está pasando?

—No puedo asegurar nada aún, Susan. Dime, ¿dónde ha ido Arnold?

—Por el capitán Crawford, supe que disponía de unos días de permiso…

—Pero él ya disfrutó de un permiso hace poco, ¿no?

—Así es. Estuvo en Chicago con sus padres.

Peter no quiso decirle que el coronel Arnold Power no había estado con su familia… ni tampoco en Chicago.

—¿Te dijo Crawford a qué obedecía este segundo permiso de Arnold?

—No. Pero, por lo visto, piensa volver con sus padres.

—Realmente extraño…—murmuró Peter—. ¿Observaste algún síntoma que te preocupase?

—Varios. Uno de ellos, físico. Movía las manos continuamente, se las restregaba y le temblaban, como si la piel le quemase.

—Muy interesante. ¿Qué más?

—Parecía desconocer la casa, como si nunca hubiera estado aquí. Y habló mencionando cosas que me eran totalmente desconocidas en él. Detalles sin importancia aparente, pero que han llamado mi atención. También yo le hablé de cosas que habíamos

proyectado… y que no recordaba ya, como si las desconociese. Casi me hubiera atrevido a jurar que también a mí me desconocía.

Peter dejó transcurrir unos segundos antes de decir:

—Susan, es verdad que están pasando cosas muy extrañas. No sólo te afectan a ti, sino también al padre de Clara, a la viuda del general Longs y a los familiares de Clark Milles…

—¿El potentado y el general que se suicidaron?

—Así es.

— Pero…

—No fueron suicidios, Susan.

—¡Qué!

—Fueron asesinatos. Otras muchas muertes complican este caso.

—¿Y Arnold…?

—No te angusties, no es un asesino. Me atrevería a jurar que es… una víctima más.

—¡Oh, Dios!

Susan tuvo que sentarse para no caer al suelo. Había palidecido y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Tienes que armarte de valor, Susan. Y por favor, no repitas a nadie lo que hemos hablado. Ni siquiera a tu padre. Es demasiado grave y no es aconsejable su divulgación. ¿Me lo prometes?

Susan, sin voz para contestar, se limitó a asentir con un movimiento de cabeza.

CAPÍTULO XII

Cuando Peter llegó a «Black Hill», Clara no estaba allí para recibirle. Se encontró con el señor Jackson.

—Usted es el señor Holmes, ¿no es eso?

—Sí, señor Jackson.

Peter conocía al antiguo hombre de confianza del señor Lockwell, aunque Jackson sólo le conocía a él por referencias.

—¿Dónde está Clara?

—En el depósito.

—¿El… señor Lockwell?

—¡Sí!

Había pesar y tristeza en la voz del señor Jackson.

—¿Cuándo ocurrió?

—Encontraron su cadáver hace cosa de una hora.

—¿Dónde?

—En una vía del ferrocarril. Tenía la cabeza destrozada…

—¿Sólo la cabeza?

—Según parece, se suicidó colocándola sobre uno de los carriles… —declaró el señor Jackson—. Yo mismo identifiqué su cuerpo en el depósito, antes de que fuera allí la señorita Clara.

—Entiendo. ¿No estaba usted en Londres, señor Jackson?

—Así es.

—Tenía noticias de que no pensaba regresar… ni aunque el propio señor Lockwell fuera a solicitárselo de rodillas.

—Eso es exagerado. La verdad es que me sentía ofendido, pero hubiera bastado que el señor Lockwell me telefonease para volver.

—El señor Lockwell está muerto.

—Pero no la señorita Clara. Ella fue quien me telefoneó. Me explicó que estaban ocurriendo muy extrañas cosas y me suplicó que viniera para ayudarla. ¿Qué está usted pensando, señor Holmes?

—Nada. Lo encuentro todo muy explicable. Pero… ¿cómo es que dejó ir sola a Clara?

—La requirieron del depósito y me rogó que yo me quedara a esperarle a usted. Su secretaria, la señorita Molly, dijo que había tenido que visitar urgentemente a una persona y que usted estaría

aquí en poco más de una hora.

—¡Bien! ¿Sabe algo de… Freddy Johns?

—¡No me hable de ese tipo!

—Le mego que haga un esfuerzo, señor Jackson. Es importante.

—Bueno… la verdad es que ni siquiera lo conozco. Pensé que lo encontraría aquí, en «Black Hill», para mi desgracia. Pero la señorita Clara me alivió con la noticia de que el tal… Freddy llevaba muchas horas sin aparecer por aquí.

—Todo concuerda… —murmuró Peter.

El señor Jackson le dirigió una mirada escrutadora.

—¿Qué es lo que concuerda, señor Holmes?

—Perdone, es un caso demasiado complicado. De haber tenido conciencia de las cosas hace unas dos o tres semanas, quizá hubiera podido evitarse todo. Pero… ¡todo empezó a suceder demasiado tarde! Ya no hay nada por hacer. Y habrá que dar gracias a que el monstruoso cerebro del doctor Hoffman ha desaparecido y no habrá más pesadillas.

—¿De qué demonios está hablando, señor Holmes?

—Olvídelo. Iré a buscar a Clara…

Peter abandonó «Black Hill», dejando al señor Jackson sumido en un mar de confusos pensamientos…

* * *

—Su prometida se fue hace unos minutos, Peter.

—Gracias, sargento. ¿Puedo ver el cadáver?

—Sí, ya lo creo.

El sargento Kresler condujo a Peter por un intrincado laberinto de pasillos, hasta llegar a uno de los frigoríficos. Pulsó un botón en un cuadro y algo en la pared se movió: una plancha de material plástico giró en su parte central.

Sobre aquella plancha se hallaba un cadáver con la cabeza destrozada. A pesar de ello, aquel cuerpo resultaba inconfundible.

Se trataba del señor Lockwell.

—¿Lo reconoció ella como el de su padre?— preguntó Peter.

—Claro. ¿Usted, no?

—Sí, yo también. ¿Cuándo le harán la autopsia?

—Parece ser que no habrá autopsia.

—¿Cómo?

—Verá…, la señorita Clara se valdrá de su gran influencia para que el cuerpo de su padre no sea más despedazado. Además la masa encefálica ha quedado en la vía del ferrocarril…

—Pero es preciso que Clara cambie de opinión.

Peter abandonó el depósito con el sargento. Y llamó a su prometida desde uno de los despachos.

Ella se resistió unos instantes, alegando motivos sentimentales.

—¡Clara, deja ya de oponerte! Es preciso que se haga.

—¿Por qué?

—Me llevaría demasiado tiempo explicártelo. Habla con el señor Jackson, ir a ver al abogado Sherman y él os pondrá al corriente del testamento.

—¿Estás tú ya enterado?

—Sabía el contenido antes de que el señor Sherman me lo confirmase. Esto no es un suicidio.

—¿Te has vuelto loco, Peter?

—No, Clara. Sé muy bien lo que me digo. Tu padre no padecía cáncer, no estaba desahuciado.

—Pero… ¿y el expediente del doctor Cronam?

—Era falso. Por eso ha muerto. Tampoco lo suyo fue un suicidio.

—Peter, terminaré volviéndome loca.

—Creo que eso nos pasa un poco a todos, cariño, que nos estamos volviendo locos. Pero no podemos volver atrás los hechos.

—¿Qué cosa diabólica está ocurriendo?

—Preferiría no saberlo…

Peter colgó el aparato para evitar darle explicaciones a su prometida.

Se volvió hacia el sargento, que le miraba con ojos extraños y desconfiados.

—¿Está usted bien, Holmes?

—Sí, aunque le parezca un ser de otro planeta.

—Usted ha hecho afirmaciones que no puede ocultarle a la policía, si realmente son ciertas.

—Lo son. Pero antes necesito su ayuda, Kresler.

—¿Qué clase de ayuda?

—Clara no hará nada para eludir la autopsia del cadáver. Y yo necesito confirmación en mis sospechas.

—¿Cuáles sospechas?

—Que el señor Lockwell no padecía cáncer. También necesito que recurra al forense para que analice la masa encefálica que quedó en los raíles del ferrocarril.

—¡Vaya! Tendrá que dar muchas explicaciones, Holmes.

—Kresler, haga lo que le he pedido… y yo le prometo que, una vez confirmadas mis palabras, pondré a la policía al corriente de todo.

—Bien… lo haremos. ¿Estará usted presente?

—No me movería de aquí a menos que me arrastrasen. Vamos, sargento, es necesario actuar con rapidez.

—Bien. Sígame…

* * *

Los análisis rápidos del laboratorio pasaron a manos de Peter, que se tomó lívido con sólo conocer los resultados.

Kresler le dirigió una mirada escudriñadora.

—Toda la masa encefálica estaba deshecha y desperdigada. Pero nuestros especialistas saben bien lo que se hacen.

—No cabe la menor duda.

—Yo diría todo lo contrario, que se equivocaron…, si no fuera porque usted tiene una explicación.

—De acuerdo, Kresler. Ni ellos se equivocaron ni usted está perdiendo la razón. Ahora sólo falta conocer el resultado de la autopsia… y luego vendrán las explicaciones.

—Le confieso que jamás estuve tan alarmado con algo como ahora, Holmes.

—Ni yo tampoco, sargento. Esto sobrepasa el normal conocimiento. Pero esperemos los resultados de la autopsia.

No tardó en presentarse el forense.

—Nada anormal, señor Holmes —dijo—. ¿Qué esperaba que descubriésemos?

—Cáncer, ya se lo he dicho antes de empezar.

—No había nada de eso en su cuerpo. ¿De dónde sacó tal idea?

—De los archivos del doctor Matius Cronam… y del contenido del testamento hecho por el señor Lockwell.

—Pues no acierto a comprenderlo. El doctor Cronam tuvo que

equivocarse o…

—O ser pagado para que hiciera un diagnóstico falso.

—Pero eso es completamente ilegal.

—Doctor, por trescientos mil dólares… son pocas las personas que no perderían la cabeza.

—¿Qué quiere decir?

—Ésa fue la cantidad que el doctor Cronam ingresó en un banco de Miami Sun sólo unos días antes de que encontrasen su cadáver en uno de los pantanos.

— Entonces… ¿no fue suicidio?

—Desde luego que no fue suicidio. Como tampoco lo fue el del general Walter Longs, ni el del potentado Clark Milles… y, por supuesto, tampoco el del señor Lockwell.

Había estupor en el rostro del forense.

—Usted no está bien de la cabeza, señor Holmes…

Peter se limitó a un gesto vago de agradecimiento y despedida, y se salió del depósito en compañía del sargento Kresler.

Éste llevaba los análisis consigo.

—¿Necesito preguntarle adónde vamos ahora, Holmes?

—No, Kresler. Usted ya lo sabe. Hablaremos con el comisario Stendall en su despacho…

CAPÍTULO XIII

El comisario Stendall tardó algunos segundos en darse cuenta del terrible problema que le planteaba el detective.

Se apretó un momento las sienes, abrió mucho los ojos como si tratara de aclarárselos, encendió un cigarrillo nerviosamente y terminó mirando a Peter Holmes y al sargento Kresler todavía con gesto de duda.

—Vamos a ver… —dijo—. Empecemos otra vez por el principio, Peter. No puedo salir de aquí y explicar todo lo que acaba de contarme. Me tomarían por loco… y me ganaría la burla y la destitución inmediata.

Kresler tampoco estaba muy seguro con las palabras del investigador y empezaba a temer que había sido una equivocación llevarlo hasta el comisario.

Stendall podía no hacerle caso a Peter, pero sí podía degradarle a él o cambiarlo de sección.

Peter hizo un esfuerzo. Comprendía que les costase trabajo creerle. Pero debía insistir. Y así lo hizo.

—Escuche, comisario. Sé que es difícil de aceptar, pero ni estoy loco ni me he inventado ninguna historia.

—Dice usted que todo empezó con la presencia de ese Freddy Johns, ¿no es así?

—No. Con él empezaron mis investigaciones, pero el peligro ya estaba en la calle. El doctor Hoffman ya había empezado a «fabricar» sus monstruos. Los casos del potentado Clark Milles y el general Walter Longs son anteriores al caso del señor Lockwell.

—Veamos. De acuerdo con sus investigaciones, logró descubrir que el señor Lockwell…

—Déjeme hablar, comisario —le interrumpió Peter—. No compliquemos más los hechos. El asunto es un hombre inmensamente rico, que ha logrado todos sus objetivos en la vida… pero que, como todo ser mortal, no ha pedido luchar contra los años. La vejez es amarga cuando se ha triunfado, cuando se dispone de millones para reírse del mundo… pero la vida inicia su descenso vertiginoso y la muerte empieza a llamar a la puerta.

—Eso es algo que sucede muy a menudo.

—Sí. Y las personas se resignan. Porque no se puede luchar con el destino. Porque la vejez obliga y la muerte es siempre inevitable.

—Exactamente.

—Pero si un hombre como el señor Lockwell encuentra a alguien que le promete continuar su vida, ¿qué no haría para conseguirlo?

—Es cuando aparece el maldito doctor Hoffman, ¿no?

—Sí.

—Continúe.

—Hoffman era un desalmado, un hombre sin escrúpulos, sin moral, un amargado y un resentido contra la sociedad. Poseía un gran talento, aunque no había querido emplearlo en bien de la humanidad, sino en provecho de sus ambiciones personales. Así se destruyó. Tampoco poseía riqueza, y pensó que podía lograrla… si llevaba a la práctica una de sus teorías más arriesgadas. Era un *comercio diabólico* el que se proponía. Pero ya hemos dicho que carecía de escrúpulos.

—De acuerdo.

—Hoffman tuvo su primer contacto con Clark Milles. Éste se hallaba en las mismas condiciones que el señor Lockwell: dinero en abundancia, pero ya era viejo. Y le propuso prolongar su vida.

—¿Cómo pudo aceptar semejante riesgo?

—¿Qué podía ocurrirle, que moriría? Había cumplido los setenta años de edad y poco podía perder. En cambio, si el asunto daba resultado… ¡otra nueva vida para él solo!

—A costa de un asesinato brutal y despiadado.

—Cierto. Pero la posibilidad de prolongar su vida, el volver a encontrarse con un cuerpo nuevo, sano y vigoroso, sin perder la propia razón, los pensamientos propios, los sentidos que fueron siempre con él… hicieron que un hombre como Clark Milles no pusiera inconvenientes ni reparase en una o varias muertes.

—Bien. Admitamos que Clark Milles aceptase algo tan monstruoso, aunque fuera en su propio beneficio. Pero… ¿cómo pudo prestarse a igual *comercio* una persona como el general Longs? Hombre de acrisoladas virtudes, de vida intachable, que fue honrado con las más altas condecoraciones y de una moral reconocida, tomando la vida de otro ser para prolongar la suya propia. ¡Es algo satánico!

—Volvemos a lo mismo, comisario: el deseo de vivir, el alargar

una existencia que se acaba, el poder burlar a la muerte.

—¿Y la conciencia? El saberse un asesino, el ver hundida toda su moral, ¿no es mayor castigo que la muerte misma, en un hombre como el general?

—Las personas perdemos la cabeza muchas veces, comisario. El general debió perderla. Pensó que su carrera militar había concluido, que le quedaban pocos años para recordar sus triunfos. Y cuando Hoffman le habló y le prometió un «vestido» nuevo para su cerebro, no debió dudarlo. Sólo había que buscar un cuerpo fuerte, importante y que poseyera todo aquello que le permitiera continuar el verdadero amor de su vida: la malicia.

—Y se fijó en el coronel Arnold Power.

—Así es. Lo mismo que Clark Milles se fijó en Buck Hoover, para sentirse más cerca de su hija, y porque era un joven fuerte y apuesto, el general se fijó en el coronel Arnold Power. En él lo encontraba todo: juventud, atractivo, virilidad… y una carrera militar fulgurante.

—¡Espanta pensarlo!

—Igual ocurrió con el señor Lockwell. Sólo que para él las cosas se presentaban mucho más fáciles, aunque… a la postre, se complicasen hasta el punto de hacerlo todo más difícil y peligroso.

—Siga. Todavía se me hace imposible aceptarlo, Peter.

—Bien. Vamos llegando al tema de lo diabólico, al punto donde todo se hace dudas y confusiones, si bien esas mismas confusiones fueron las que me han conducido a la verdad horrible del caso. El señor Lockwell fijó su atención en un joven desconocido y sin importancia, al que nadie echaría de menos; pero joven a la postre, robusto y no carente de atractivo físico.

—Freddy Johns.

—Sí. Después de hablarle Hoffman, ya decidido a la prolongación de su vida, puestos sus ojos en Freddy, le fue fácil enterarse de su vida, seguirle los pasos y conocer su forma de comportarse.

—Un hombre sin familia, con una joven a la que estaba prometido, pero con la que sería fácil romper ¿no es así?

—El cuadro perfecto —asintió Peter—. Cuando todo estuvo dispuesto, sólo tuvo que avisar a Hoffman. Éste le envió sus hombres a Freddy. Se trataba de Floyd Colbert y Jo Patterson.

Buscaron a Freddy, le dieron a entender que el señor Lockwell estaba interesado en una persona como él… y, en contra de la voluntad de Mónica, su prometida, Freddy se dejó engatusar.

«Para entonces, ya el señor Lockwell lo tenía todo preparado. No podía buscar encontrarse con una nueva vida, con un nuevo físico… y renunciar a su posición y a sus millones. Tenía que ser previsor, y lo fue tan exageradamente, que su comportamiento se hizo extraño y sospechoso. Se precipitó en su deseo.

«Visitó al doctor Cronam, quien ni remotamente sospechaba de las intenciones del señor Lockwell. Sin duda le dijo que tenía motivos fundados para desear abandonar este mundo, pero que no quería hacerlo enfangando su nombre. Así que le comprometió a un diagnóstico de cáncer. Diagnóstico que pagó muy generosamente…

—Ya lo creo. Trescientos mil dólares harían perder la cabeza a cualquiera.

—Luego llamó a su abogado. Le conminó a que guardara un silencio absoluto. No podía faltar a la ética profesional, aparte de que el señor Sherman no deseaba enfrentarse a la voluntad del señor Lockwell.

Sus ingresos por llevar los asuntos legales del multimillonario ya casi le sellaban los labios. Así, el señor Lockwell tenía un motivo con el diagnóstico del doctor Cronam: cáncer, causa de su suicidio. Y el señor Sherman legalizaría dicha postura como abogado y confidente del señor Sherman, avalado por un testamento en el que se explicaban muchas cosas.

—Entiendo… —recapacitó el comisario—. Lo que pretendía con eso el señor Lockwell, no era solamente dejar en buen lugar su nombre y el de su hija, sino que además así nadie se preocuparía de hacer averiguaciones. Olvidarían la autopsia… y nadie descubriría que no padecía cáncer.

—Exactamente, comisario. Ya va comprendiendo.

—En cuanto a los mil millones de dólares que retiró de su cuenta corriente…

—Fingiría ganarse la salvación en el otro mundo por sus pecados y aquel suicidio, haciendo importantes obras de caridad. Obras anónimas, que nunca se realizarían, ya que su único propósito era asegurarse su nuevo futuro. Si investiga, verá que esos mil millones de dólares están bien distribuidos en distintos bancos del país a

nombre de… Freddy Johns. Aparte de que también tenía que pagar a Hoffman además de Cronam.

—Lo comprobaremos, esté seguro.

—Si el señor Lockwell se hubiera conformado con esto, quizá no se hubieran descubierto las cosas… y la amenaza de Hoffman horrorizaría más adelante con mayor motivo. Pero su egoísmo y también su sentimentalismo le llevaron a tomar decisiones que habrían de perderle.

—¿Qué decisiones?

—El no querer separarse de su hija Clara, el desear estar cerca de ella. Y el querer conservar el mando absoluto sobre su propio imperio, comercial.

Sólo tenía que colmar de poderes a Freddy Johns, hacerle heredero de un veinticinco por ciento de toda su fortuna, además de ese mando absoluto e irrevocable.

—Por eso prescindió del señor Jackson, ¿no?

—Sí. Uno, porque tenía que elevar a Freddy Johns. Y dos, porque el señor Jackson conocía tanto su cerebro como su físico… y temía que pudiera llegar a sospechar de su comportamiento y de sus decisiones.

—De cualquier modo, fue demasiado arriesgado… y demostró bastante torpeza al actuar así.

—Sí. Pero se dio cuenta tarde. Supo que yo había empezado a investigar. Que llegué hasta Floyd y Jo. Y aunque fueron asesinados antes de arrancarles ninguna confesión…

—¿Dijo que los asesinó Hoffman?— le interrumpió el comisario una vez más.

—Estoy seguro —asintió Peter.

—Bien. Prosiga.

—El señor Lockwell, después de esas dos muertes, temiendo que yo estuviera sobre la pista de los hechos, decidió obrar por su cuenta y asegurarse su impunidad. Primero hizo desaparecer al doctor Cronam, presentando su muerte como un suicidio. Luego debió sorprender al doctor Hoffman y le llenó el cuerpo de balazos.

—Quiero entender que ya obraba como Freddy Johns, ¿no es eso?

—Exactamente. La operación había resultado un éxito, como en los casos del general y del señor Milles. El diabólico Hoffman hizo

los trasplantes de cerebro, de modo que Clark Milles pasó a ser dueño de la naturaleza de Buck Hoover, mientras que el verdadero Buck Hoover al despertar se vio dentro del viejo cuerpo de Clark Miller. Pero sería por poco tiempo, ya que las que habían sido sus manos días atrás le rociarían con gasolina y le prenderían fuego, de modo que apareciera carbonizado y no hubiera autopsia.

«Con el general Longs ocurrió exactamente lo mismo. Sólo que en este caso la forma poco ortodoxa de suicidarse, poniéndose un cartucho de dinamita en la cabeza, no tenía más objeto que destruir el cerebro del joven coronel Arnold Power… dentro del viejo cuerpo del general.

—Resulta alucinante y satánico; pero todo concuerda perfectamente, debo admitirlo…

CAPÍTULO XIV

Peter encendió un cigarrillo, antes de continuar exponiendo lo horrible de aquellos tres casos.

—El análisis que ahí tiene es del laboratorio del depósito. Habla de un cerebro joven… y no del cerebro del señor Lockwell. Y la autopsia reveló que el cuerpo tampoco tenía cáncer. ¿Quiere más pruebas, comisario?

—No. Creo que son suficientes. Pero… ¿cómo explico yo todo esto a mis superiores? ¿Cómo voy a convencerles de esos tres suicidios son en realidad tres crímenes, que los cerebros del señor Milles, del general Longs y del señor Lockwell están alojados, por medio de un diabólico trasplante, en las cabezas de Buck Hoover, Arnold Power y Freddy Johns?

—Use de las mismas palabras que yo acabo de emplear con usted.

—No me dejarían acabar. ¡Trasplantes de cerebro! ¡Es lo más terrible y alucinante que he escuchado en toda mi vida! Se pueden trasplantar toda clase de vísceras y algunos de nuestros miembros, se ha vencido o superado el problema de los rechazos y hasta se ha llegado a la prótesis de corazones artificiales. Pero… ¡el cerebro! ¡Jamás cupo en cabeza humana semejante idea!

—Hoffman sí lo pensó, y llegó a realizarlo. Y no es eso lo peor, comisario.

—¿Ah, no?

—No.

—Bien. Estoy preparado para cualquier asombrosa revelación, para todo lo increíble, después de lo que acabo de oír de sus labios. ¡Adelante!

—Tómelo con calma, comisario.

—Perdone, Peter —se excusó el policía—. Me han traicionado los nervios. Después de todo, tenemos que agradecerle sus investigaciones… y el que haya podido descubrir tales monstruosidades. Y ahora dígame, ¿qué hay todavía peor a lo que acaba de explicarme?

—Es preciso mantener un silencio absoluto sobre el particular.

—¿Por qué razón?

—Imagine lo que sucedería si la noticia de que son posibles tales injertos trascendiera al público.

—¡Espantoso!— palideció el comisario.

—Surgirían cientos de hombres como Hoffman. Toda una generación de hombres sin escrúpulos cercanos a la consunción, pero acaudalados y dueños de poder ordenar, buscarían a esos Hoffman después de dar «caza» al joven ideal para el trasplante a su «segunda» vida. Lo mismo que hicieron el señor Milles, el general Longs y el señor Lockwell.

—Aún voy más allá en mi horror, Peter. Pienso en las naciones, en los realmente poderosos, en los hostiles y en los espías. Nadie estaría seguro en su propia nación, pensando que a su Presidente le habían arrancado su cerebro para ponerle otro con ideas favorables a cualquier potencia enemiga.

—Que los sabios serían raptados y desposeídos también de sus cerebros para aniquilarlos o arrancarles todas sus fórmulas secretas… —añadió Peter—. ¡Sería una verdadera hecatombe, comisario! ¿Entiende por qué decía que aún faltaba lo peor?

—Sí…

—¿Y comprende también por qué la necesidad de mantener lo sucedido en el más riguroso secreto? ¡Esto no debe ni puede trascender!

—¿Ni siquiera a mis superiores?— se sobrecogió el policía.

—Mientras podamos evitarlo, ni a ellos. Sólo hay tres personas en posesión de esa verdad: usted, Kresler y yo.

El sargento, tan pálido como un muerto, le costó trabajo echar su voz fuera para decir:

—Nos olvidamos de Freddy Johns…, es decir del señor Jackson. También de Buck Hoover, o sea, el señor Milles, y del coronel Power, el general Longs.

—Tenemos que encontrarlos como sea —manifestó Peter.

—De acuerdo —asintió el comisario—. Pero… ¿qué haremos cuando estén en nuestro poder? Nos veremos obligados a delatarles por lo que realmente son y lo que han hecho. Tendremos que descubrir a fin de cuentas este horror… o ellos encontrarán la forma de defenderse contra nuestro silencio. Y si son descubiertos, ¿de qué forma reaccionarán ante el mundo? Si no nos obligan a revelar nuestras acusaciones, ellos mismos pueden vengarse diciendo lo que

han hecho. No, Peter; me temo que sólo existe la alternativa de comunicar todo esto a la superioridad.

—Si ha de hacerse, que sea en última instancia.

—Usted no se juega nada, amigo mío. Yo me juego el cargo y todo mi prestigio, lo mismo que el sargento Kresler.

—Démonos un tiempo, una oportunidad a nosotros mismos, cuando menos, comisario.

—¿Usted qué opina, Kresler?— el comisario se volvió hacia el sargento.

Los dos estaban pálidos. Después de lo horrible de aquella revelación, estaba el tremendo problema de presentarse ante los últimos hechos poniendo en juego algo más que la propia responsabilidad.

Pero Kresler era de los hombres que tenían la cabeza bien sentada y que jamás volvían la espalda a las circunstancias, cualquiera que fuera el riesgo y siempre que dichas circunstancias lo requirieran.

—Señor, hay mucha responsabilidad ante nosotros. Quizá nos traiga consecuencias el hacerlo, pero creo que debemos intentar por todos los medios que la noticia de esos trasplantes pueda hacerse pública.

—¡Bien! Lo intentaremos. Pero si algo se tuerce, Peter— se volvió hacia el detective—, tendremos que explicar el caso.

—Gracias, comisario. Y también a usted, Kresler.

—No nos agradezca nada. El problema le afecta a usted casi por igual.

—Puede que tengamos un poco de suerte.

—¿Qué quiere decir?

—Los tres hombres que nos preocupan pensaron en el suicidio, ¿no?

—Siga.

—De hecho, para el mundo ya están muertos.

—Cierto. Pero… no estará pensando usted en que nosotros podemos matarlos, ¿verdad?

—Sería una solución, después de lo que hicieron. Pero, no; no es esa mi idea, comisario.

—¿Cuál es entonces?

—Podrían darse tres suicidios más.

—Se ha vuelto usted loco…

—No. Son asesinos los tres. Responsables ante la Justicia de tal forma que, una vez descubiertos sus crímenes, serían condenados a la última pena.

—Eso, por supuesto.

—Bien. Hablemos con ellos. Si se saben descubiertos, tal vez prefieran dar por perdida la partida y acabar de la manera más rápida. El nombre del general Longs todavía es respetado, incluso después de conocer el mundo «su» suicidio. Preferirá desaparecer antes que comparecer ante ese mundo acusado como un vulgar criminal, aunque sea en la naturaleza de otro hombre.

—Él tal vez lo haga —reflexionó el comisario—. Pero los otros… ¿cree usted que no intentarían defenderse por todos los medios? Volverían a ser dueños de su poder y tendrían con ellos a los mejores abogados del país.

—¿Y el deshonor?

—¡Qué saben ellos de eso! Si llegaron a matar por aferrarse a una vida que no les pertenecía, harán cualquier cosa por conservar esa vida. No podrá convencerlos; Peter.

—Puede que tenga razón. Pero nada nos impide intentarlo.

—Ya hemos convenido en hacerlo —se levantó el comisario—. Y ahora, ¿cómo vamos a localizarlos? Estarán sobreaviso.

—Los padres de Arnold Power viven en Chicago. Sé, por la señorita Susan, la hija del mayor Lemnon y su prometida, que pensaba trasladarse allí unos días con su familia. Pero sucede que ya no es Arnold, sino el general… y él deseará estar cerca de su esposa. La amaba. Aunque pronto quisiera fijar sus ojos en alguien más joven. Sentirá la curiosidad de saber hasta qué punto le echa de menos su esposa.

El comisario se volvió hacia el sargento.

—Kresler, encárguese usted del general —ordenó.

—Sí, señor.

—Y no olvide lo que hemos acordado. ¡Silencio absoluto!

—No necesita recordármelo…

El sargento abandonó el despacho para cumplir con la más extraña de las misiones que había tenido en su vida.

El comisario volvió a mirar el detective.

—Bien, Peter. ¿Y el señor Milles?

—Tanto él como el señor Jackson son padres. Querrán estar al lado de sus hijas, según me imagino. Yo puedo encargarme del padre de Clara; usted, de Clark Milles.

—Me parece correcto.

Se estrecharon la mano.

—¡Suerte, comisario!

—¡Suerte! Y quisiera Dios que todo suceda como usted dijo…

CAPÍTULO XV

La señora Longs aún no se había repuesto de la impresión. La muerte de su esposo, el general Longs, la había dejado en una soledad difícil de sobrellevar.

Habían sido muchos años juntos. Años de felicidad, de esfuerzo… y también de angustias y preocupaciones. La tercera conflagración mundial, ocurrida en el presente siglo XXI, no hacía muchos años aún, había cosechado amarguras difíciles de olvidar.

Pero todo había quedado atrás. Y ahora, cuando se les presentaba una vejez tranquila y llena de recuerdos… a Walter se le ocurría arrancarse la vida.

La señora Longs poseía fuertes creencias religiosas.

Y era esta razón lo que más la preocupaba. Tanto o más que la muerte misma de su esposo.

Ningún ser humano era dueño de quitarse la vida.

Y Walter lo había hecho, por lo que su alma quizá no mereciera la infinita misericordia de Dios.

Pero entendió la necesidad de resignarse, de sobreponerse a todas aquellas angustias y pensamientos, incluso a su soledad.

Era una mujer animosa y de fuerte resolución.

Sólo podría hacer por Walter el mentarlo en sus oraciones diarias. Y esperar que su vida se fuera consumiendo, hasta que Dios se acordase de ella.

Aquella tarde, su doncella Grace disfrutaba de su permiso semanal. Así que tuvo que ser ella en persona quien abriera la puerta, cuando sonó el carillón de entrada.

Se sorprendió de la presencia del joven coronel Arnold Power. Un buen amigo y subordinado de su esposo. Walter siempre le había hablado con entusiasmo de aquel muchacho. Estaba destinado a grandes empresas, en su vertiginosa carrera.

—Arnold…, me satisface mucho volver a verle.

—Perdone que venga a molestarla, señora Longs.

El vestíbulo estaba alumbrado por una luz mortecina. Lo mismo que la escalera. De ahí que la señora Longs no pudiera observar bien aquel rostro… Se había fijado más que en su uniforme.

—¡Qué tontería! Usted nunca molesta, Arnold. ¿Quiere pasar?

—Gracias…

Arnold Power entró en la casa y avanzó por el centro del vestíbulo de espaldas a la mujer. Se detuvo al final del mismo.

La señora Longs terminó de cerrar la puerta y se volvió despreocupadamente, mostrándose obsequiosa:

—Le serviré algo de beber…

—No se moleste, señora Longs. No deseo tomar nada.

—Bueno… Puede si lo desea, siéntese y charlaremos. ¿O es que le trae algún motivo especial?

—Acertó, señora Longs: me trae un motivo… muy especial.

—Ha conseguido alarmarme, Arnold. ¿Qué le ocurre?

—¿Le importa darle un poco más de luz a la sala?

—Si usted lo desea…

—Lo deseo.

La mujer, extrañamente preocupada, encendió una lámpara de pie. Luego se volvió hacia el joven coronel, todavía de espaldas.

—Ya está —dijo.

—Sí…

Arnold se volvió entonces lentamente. Y la nueva luz de la sala hizo que la señora Longs sintiera una especie de estremecimiento.

—¡Arnold! ¿Qué le pasa? Parece usted… como…

—No digas nada, Anna.

—¡Eh! ¿Qué clase de broma es ésta?— Se molestó la señora Longs—. Coronel Power, nada le autoriza a tratarme con semejante familiaridad.

—Anna —casi suplicó el hombre—, ¿que no te das cuenta? Soy Walter, tu esposo.

La mujer sintió un extraño mareo.

—¡Dios mío! ¿Se ha vuelto usted loco, Arnold?

—No estoy loco. Arnold Power no existe. ¡Soy Walter!

—Pero…

—Tú viste mi cuerpo muerto. Y ahora estás viendo el cuerpo de Arnold. Pero es mi cerebro, el de Walter, el que está dentro de esta cabeza. Me hicieron un trasplante. ¿Lo entiendes ahora?

—No…, no… —retrocedió la buena mujer, horrorizada—. No puede ser, no es posible… que suceda algo tan monstruoso…

—Escucha, Anna…

—¡No me toque!

—¿Cómo he de decírtelo?— volvió a suplicar el hombre.

La mujer ya no le escuchaba. Siguió retrocediendo, hasta que su cuerpo tocó con la pared.

Su mirada voló hacia el pomo de la puerta.

El hombre pensó que trataría de escapar y que sus gritos atraerían a otras personas.

Perdió la cabeza y corrió hacia ella.

—¡No seas estúpida! ¡Tienes que escucharme!

La buena mujer se debatió entre aquellos brazos fuertes y brutales, sintiendo un ahogo angustioso.

Su cuerpo se dobló de pronto, quedando completamente inmóvil.

Él lo depositó en el suelo. Y sus ojos lloraron amarga y angustiosamente: unos ojos que no eran los suyos… ni tampoco ya los de Arnold Power.

—¡Oh, Anna! ¡Dios mío!… ¿Por qué no has querido escucharme?…

Estuvo hablando y llorando durante largo rato. Pensó que Anna estaba muerta y que tampoco ella podría ayudarle.

Terminó por incorporarse y llevar el cuerpo inconsciente de la mujer al dormitorio. La dejó suavemente sobre la cama, como si no quisiera herirla.

Luego, se miró en el espejo del viejo tocador.

¡Le estremeció aquel rostro!

—¿De qué ha servido todo?— murmuró.

Terminó abandonando la alcoba. Descendió a la planta baja y se dirigió al despacho.

Se sentó ante la gran mesa. Abrió uno de los cajones y extrajo una pistola militar.

No pensó en escribir nada, en dejar ningún mensaje. ¿Para qué?

Se llevó el cañón del arma a la cabeza. Apretó con fuerza los dientes, cerró los ojos de los que brotaban las últimas lágrimas… y apretó el gatillo a fondo.

* * *

La señora Longs volvió en sí de su desmayo. Se vio encima de la cama. Pensó que quizá todo aquello hubiera sido una pesadilla.

Su corazón latía muy de prisa, terriblemente angustiada. Sus ojos mostraban un miedo espantoso. Respiraba con dificultad, como si fuera a escapársele la vida por la boca.

Tardó en darse cuenta de que llevaba rato sonando el carillón de la puerta.

Temerosa, llena de infinitas dudas, abandonó la cama y también la habitación.

Descendió las escaleras mirando a todas partes, como si temiera volver a encontrarse con la persona objeto de sus temores.

Llegó ante la puerta, preguntando en voz alta:

—¿Quién llama?

—Sargento Kresler, de la Policía Metropolitana.

Aquella voz pareció tranquilizar a la señora Longs, que se dio buena prisa en abrir.

El sargento —que no había desistido de entrar en aquella casa, aun después de media hora de insistir en su llamada— miró a la viuda del general.

—Señora Longs, lamento mucho…—empezó a decir.

—¡Por Dios, sargento! No lamente nada y pase usted rápidamente. Creí que iba a volverme loca…

Kresler quedó muy sorprendido.

—¿Ha estado aquí… el coronel Arnold Power?

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Pues verá…, están ocurriendo cosas muy extrañas, y…

—Diga mejor horrorosas, sargento.

—Vamos. ¿Qué sucede, señora Longs?

—Se lo explicaré…

Le bastaron unos cuantos minutos para poner al sargento Kresler al corriente de lo sucedido con el coronel Power.

—¿Seguro que ése era su aspecto?— insistió Kresler sobre este punto.

—Podría jurarlo, sargento. Algo inconcebible. Pero lo peor de todo fue aquello que dijo… de que era mi esposo. ¡Pobre Walter, si él levantara la cabeza!

Kresler no quiso decirle que de los labios de Power había escuchado la horrible verdad de su marido.

—¿Dónde está ahora?— se limitó a preguntar.

—Lo ignoro. Me desmayé en el vestíbulo. Él debió llevarme a mi

alcoba y abandonar luego la casa. A menos que…

—¿Sí?

—A menos que esté oculto en algún rincón. Su rostro no aconsejaba volver a la calle.

—Vamos a averiguarlo —decidió Kresler, desenfundando su pistola de reglamento—. No se asuste, señora Longs. Es preciso que vaya armado. El… coronel Power es en estos momentos un hombre sumamente peligroso.

Ella asintió asustada. Y le vio registrar.

Poco tiempo tardó en su búsqueda el sargento Kresler.

Descubrió el cadáver en la biblioteca. Pero no fue el cadáver lo que le sorprendió, ni tampoco el charco de sangre que bañaba la mesa y el suelo. Estaba acostumbrado.

Lo que realmente le horrorizó fue aquel rostro…

—¡Dios mío!— murmuró.

Y se dio prisa en impedir que la señora Longs entrara en el despacho, para que el terror no volviera a desmayarla…

CAPÍTULO XVI

Sheila Milles no quería dar crédito a lo que estaba viendo y oyendo. Y sus ojos reflejaban no sólo el espanto, sino el dolor de tan insólita revelación.

—¿Cómo puedo creer semejante monstruosidad?— gritó—. ¡Cómo!

—Lo estás viendo, Sheila. Mira esta cara… ¿Verdad que no es la misma? Todo se acaba, hija. Y necesitaba purgar mi pecado. Tenía que confesarme contigo…, pedirte perdón…

Sheila se apretó las sienes y cerró los ojos, esperando quizá que al volver a abrirlos desapareciera aquella horrible pesadilla.

Pero no.

Sus ojos volvieron a encontrarse con aquella figura humana transformada. Un hombre al que había amado, con el que estaba comprometida… desfigurado por los horribles efectos de una operación diabólica.

—¿Y por qué tuviste que elegirle a él?— volvió a gritar, con el dolor y el odio en sus pupilas, luchando contra todo un torrente de lágrimas—. ¿Por qué a Buck, precisamente?

—Quería estar cerca de ti, Sheila…

—¿No sabías que le amaba? Robarle su cuerpo era hacer imposible la consagración de ese amor… a menos que hubieras llevado tu monstruosidad al incesto.

—¡No digas eso, hija!

—Entonces… debiste pensar que sin ese amor hubiéramos tenido que vivir distanciados, ignorándonos. Puede que hasta llegara a odiarte, por haberme hecho concebir toda una serie de ilusiones.

—Confieso que también en eso me equivoqué. Hubiera estado más lejos de ti que nunca.

—Pero no lo pensaste…, no lo pensaste ¡y has destruido al hombre que yo amaba!

—Sheila…

—¿Qué clase de piedad esperas de mí?

Sheila cayó sobre el diván y lloró como si la vida se le estuviera escapando de entre las manos.

El hombre la contempló en silencio. Luego, murmuró:

—Nunca debí explicártelo. Esperaba que me perdonases. Pero después de mi doble crimen… era pedir demasiado.

Sheila levantó sus rabiosos ojos y los clavó en aquel monstruo, mezcla de las dos personas a las que más había amado en toda su vida: su padre y Buck Hoover.

Allí estaban los dos… y ninguno.

—Te odio, padre. ¡Te odio con todas mis fuerzas! No has destruido sólo a Buck, no te has destruido a ti mismo, ¡me has destruido también a mí!

—Sheila… todavía tienes toda una vida por delante.

—¿Mirando a qué rostros? Cada vez que me fijase en alguien, no sería el rostro de ese alguien el que viera, sino el de Buck… desfigurado por ese cerebro que le trasplantaron.

—Perdóname, hija…

—¡Vete! Vete de aquí. No quiero verte nunca más.

¡Vete!…

Sheila terminó en un grito desesperado y horrible, rabioso, como de fiera herida, volviendo a hundir su rostro en el diván.

La extraña figura del hombre todavía esperó algunos segundos.

Pero terminó por agachar la cabeza y abandonar la casa…

* * *

El comisario Stendall quedó como clavado en mitad de la gran escalinata. Había estupor y sobresalto en su mirada.

Frente a él, detenido también ante su presencia, la figura de un hombre cuyos rasgos no ocultaban los efectos de una operación diabólica.

—He venido a buscarle, señor Milles.

—¿Quién es usted?

—El comisario Stendall.

—¿Cómo ha podido averiguar…?

—Lo sabemos todo, señor Milles. Alguien se ha preocupado de descubrir los manejos del doctor Hoffman.

—Entiendo.

—Deberá acompañarme.

—Sí. Será lo mejor. Pero no se haga demasiadas ilusiones,

comisario.

—¿A qué se refiere?

—Sólo vine a suplicar el perdón de mi hija Sheila. Sé que todo acabaría de manera horrible. La operación no tuvo éxito, ¡no podía tenerlo!, y antes de llegar a una consunción espantosa, he preferido adelantarme a mi propio destino.

—Explíquese.

Una sonrisa diabólica afloró a sus delgados labios.

—He ingerido cierta dosis de un veneno que acabará con mi cerebro… y también con el cuerpo de Buck Hoover. Me quedan escasos minutos de vida.

—¿Adónde se dirigía?

—A la comisaría. Irónico, ¿verdad?

—¿Habló de esto con alguien?

—Sólo con mi hija. Está trastornada. Le ruego que la cuiden, comisario.

—Sí… Y tendremos que convencerla para que olvide todo lo que usted le ha dicho. Ahora sígame.

Cuando llegaron a la comisaría, Clark Milles… o Buck Hoover, el cerebro de uno y el cuerpo del otro, había dejado de existir. El veneno había obrado durante el traslado. El propio comisario Stendall no había hecho nada por evitarlo.

¿Cómo intentar salvarle la vida a aquella monstruosa «mezcla» humana? Hubiera sido tanto como intentar avivar la obra de Hoffman.

Lo horrible del caso fue que aquel cuerpo, joven días atrás, había envejecido terriblemente.

El rechazo presentado en aquellos trasplantes de cerebro realizados por el diabólico Hoffman se hacía manifiesto.

O quizá fuera consecuencia del posterior riego sanguíneo.

Los médicos lo averiguarían. Pero, comoquiera que fuese, el resultado estaba en que un cerebro viejo trasplantado a un cuerpo joven… envejecía ese cuerpo de manera espantosa.

De ahí el terror de la señora Longs. De ahí la sorpresa y el sobresalto del sargento Kresler. Frente al cadáver del coronel Arnold Power y el cerebro del general Walter Longs.

Y de ahí, también, la horrible impresión del comisario y algunos hombres de su sección, frente a aquel otro cuerpo.

Una vejez acelerada. Multiplicada en años… de forma que más parecía una momia que un ser humano.

¿Un castigo de Dios, quizá?

CAPÍTULO XVII

Peter recorrió todos aquellos lugares que consideró posibles: «Black Hill», el domicilio del billonario en el centro de la gran urbe, la gran sala de consejos en el edificio central de su gran industria, el domicilio de la infeliz Mónica Halle…

En ninguno de estos lugares tuvo éxito.

Ni pudo darle razón Clara, que vivía angustiada… y a la que sólo le dio ciertas explicaciones para calmar su curiosidad, ni tampoco el señor Jackson. Y mucho menos, la joven Mónica.

¡Freddy Johns parecía haber sido tragado por la tierra!

Regresó a su despacho, cansado y abatido.

—Hola, Molly…

—Peter, ¿dónde ha estado usted metido?

—Buscando una aguja en un pajar. Nueva York crea monstruos y yo estoy encargado de encontrar a uno de ellos.

—El comisario Stendall le ha estado llamando continuamente, desde hace más de media hora.

Peter pareció animarse

—¿Qué le ha dicho?

—Desea verle en su despacho lo más pronto posible.

—¿Le ha explicado algo, Molly?

—No… ¿Debía hacerlo?

—Por supuesto que no. Y mejor que ignore lo que está ocurriendo, Molly. Soñaría con ello todas las noches que le resten de vida.

La secretaria trató de hacer una pregunta, pero se quedó con la boca abierta y el temor pintado en sus ojos.

Peter se había lanzado hacia la puerta.

Se dijo que algo muy extraño y alucinante tenía que estar ocurriendo para que su propio jefe guardara tanta reserva sobre el caso.

Aparte de que le había visto pálido, cosa insólita en él, lo mismo que cierto miedo pintado en sus ojos…

* * *

Peter siguió contemplando aquel cuerpo convertido en momia, envejecido como un cartón de archivo.

—¿Éste es el resultado?— preguntó.

—Así es —asintió el comisario.

—¿Qué piensan nuestros científicos? Porque me imagino que ya habrá comunicado el caso a sus superiores, dadas las circunstancias.

—En efecto. Y aún no se han atrevido a opinar

—¿Harán la autopsia a este cuerpo?

—En breve. Pero, aparte de todo horror, produce cierto alivio pensar que ya no es una amenaza.

—Sí…

—Sólo falta hallar al señor Lockwell.

—Lo he buscado por todas partes, comisario. No he tenido tanta suerte como usted y Kresler. Parece que se lo haya tragado la tierra.

—Tiene que estar escondido en alguna parte. ¡Necesitamos encontrarle!

—¿Qué es lo que teme?— le miró el detective.

—No lo sé…

—Vistos los resultados, nada debe preocuparnos. En cualquier momento, en cualquier lugar… aparecerá un cuerpo acartonado y rugoso, como éste. No será ninguna amenaza.

—De todos modos, debemos intentar hallarle.

—Hablaré con el señor Jackson y con Clara nuevamente. Si les digo lo que ocurre…

—¿Es necesario?

—Escuche, Stendall. Bien o mal, alguna explicación debo darle a mi prometida. Es hija de Lockwell.

—Lo siento por ella.

—También yo…

Peter abandonó la comisaría.

Volvió a «Black Hill». Allí encontró de nuevo al señor Jackson.

—¿Ha visto a la señorita Clara?— le preguntó Peter.

—Freddy Johns la telefoneó hace un rato. La vi ponerse pálida… y no quiso responder a ninguna de mis preguntas.

—¿Dónde fue?

—Se negó a decírmelo. ¿Es que corre algún peligro, Peter?

—No, señor Jackson. Pero va a encontrarse con algo que la

horrorizará. ¡Santo Dios! ¿Por qué ha tenido que hacer esto el señor Lockwell?

Peter aplastó con rabia sus dos puños encima de la mesa.

El señor Jackson le miró sorprendido y asustado.

—¿Ha dicho usted… el señor Lockwell?

—Eso he dicho.

—Pero… el señor Lockwell está muerto.

—No, señor Jackson; el señor Lockwell vive…

—¡Imposible!

—…vive dentro de un cuerpo que no es el suyo.

—¿Delira usted, Peter?

El detective se sirvió un whisky. Lo bebió de un solo trago. Repitió. Y miró luego al asustado señor Jackson.

—¿No tiene idea de dónde podemos encontrar a Clara?

—Prometió telefonearme. Me rogó que no me moviera de aquí.

—Entonces seremos dos a esperar, señor Jackson. Y mejor si se sienta, si es que no quiere sentir cómo le tiemblan las piernas… Le explicaré lo que está sucediendo… es decir, lo que ha estado sucediendo.

* * *

Transcurrió el tiempo sin que Clara ni el señor Lockwell dieran razón de sus movimientos.

Ahora el que estaba realmente preocupado era Peter.

En un ángulo de la sala, sentado y silencioso, con el miedo y el dolor metidos en el cuerpo, el señor Jackson también parecía haber envejecido varios años.

No cesaba de hacerse preguntas interiormente, después de cuanto le había explicado el detective. ¿Por qué tenían que suceder aquellas cosas tan terribles? ¿A qué fines caminaba la Humanidad? ¿En qué se había convertido la moral de los hombres?

La noche fue cayendo rápidamente en el exterior.

Peter reparó en aquella oscuridad que iba invadiendo la sala, y encendió varias luces.

El señor Jackson pareció reaccionar al sentir dichas luces en sus cansados ojos.

—¿Dónde pueden estar?— murmuró.

Peter fue a responder algo inconcreto; pero en ese mismo instante el ruido de un motor le contuvo.

Se dirigió hacia el gran ventanal y terminó de descorrer las cortinas.

Reconoció el coche de su prometida y a ella ante el volante. Sus ojos se alegraron, mientras se dirigía hacia la puerta.

—¡Es Clara!

Abrió la puerta, en tanto el señor Jackson se levantaba y se acercaba también a la entrada.

Clara descendió del lujoso automóvil y avanzó por el centro del patio, mirando tímidamente a su prometida

Peter se mostró sorprendido.

—¿Qué ha sucedido, Clara?

Ella quiso mostrarse fuerte. Pero tenía los nervios destrozados y el miedo y el dolor metidos en sus ojos.

Terminó abrazándose a él angustiada.

—¡Oh, Peter! ¡Ha sido horrible!

—¿Lo viste?

—Sí…

—Entonces ya debes de estar enterada.

—Él me lo dijo. Al principio, no quería creerle. Pero luego que me enseñó sus manos… ¡Ha empezado a envejecer! Su rostro… ¡oh, Dios mío!…, ha empezado a momificarse…

—¡Cálmate, Clara! Quise advertirte, para que al menos no sufrieras esa horrible impresión. Pero tú ya te habías ido.

—Él me llamó por teléfono. Me dijo que quería verme, que necesitaba hablar conmigo urgentemente… No supe negarme. Jamás pensé que aquel hombre… hubiera podido ser asesinado. Y mi padre…

Clara se atropellaba en sus palabras, entre hipidos y lágrimas.

La impresión no podía haber sido más angustiosa.

—¿Desde dónde te llamó?

—Desde un apartamiento de la Sexta Avenida. ¡Creo que le odio, Peter! Y yo que casi llegué a maldecir a Freddy Johns…

Él la besó y acarició cariñosamente.

—Tranquilízate, Clara. Tienes que ser fuerte.

—Pero es que…

—No tienes por qué torturarte. No es que quiera justificarle,

sobre todo después de toda esa serie de crímenes; pero… él debió de perder la cabeza. Se le ofrecía la posibilidad de prolongar su vida…

—A costa de asesinar la de un joven infeliz.

—¿Qué quería de ti?— Peter cambió de conversación.

—Pedirme perdón. Se ve caminando hacia la propia consunción. Algo ha debido fallar. Y el remordimiento le ha estado torturando…

—Igual que a los otros.

—¿Igual que… a los otros?— le miró Clara asustada.

—Sí.

—¿Quiénes?

—El coronel Walter Longs y Clark Milles, el padre de Sheila.

—¡Dios mío! ¿También ellos?

—Sí, Clara. Y ahora dame el número de ese apartamiento de la Sexta Avenida. Tú te quedarás con el señor Jackson.

—¿Qué es lo que piensas hacer, Peter?— le miró Clara angustiada.

—¿Es que se puede hacer algo?

—No…, creo que no. Pero se siente acorralado. Teme que lo acosen y lo maten como a una alimaña.

—No hará falta. Tú lo sabes.

—Me rogó que le enviase un sacerdote católico.

—¿Lo hiciste?

—Sí. Yo misma le acompañé. Luego me rogó que me fuera… y por eso he vuelto.

Peter asintió.

Entró con Clara en la casa y la dejó en manos del señor Jackson.

Luego se fue a toda prisa.

Pasó por la comisaría y habló con el comisario Stendall, por si deseaba acompañarle.

—Iré con usted, Peter —asintió éste—. Es mi obligación. De otro modo… le juro que por nada de este mundo querría encontrarme frente a un nuevo monstruo.

—Cuando quiera…

CAPÍTULO XVIII

Los recibió el padre Benson.

El sacerdote se mostró amable y conciliador con ellos. Se le notaba afectado, impresionado tanto por lo sucedido como por la trasformación sufrida por aquel loco desdichado.

Pero había logrado sobreponerse al horror.

—¿Qué piensa hacer usted, comisario?

—En confianza, padre, no lo sé.

—Vivirá poco tiempo. Creo que sería un hermoso acto de caridad no molestarle.

—¿Piensa que no llegaría con vida a la comisaría?

—Me temo que no.

Peter ahora intervino.

—Tampoco creo que fuera aconsejable, comisario.

—¿Por qué?

—Si su aspecto es el mismo que hemos visto en Clark Milles… nos llevaríamos detrás nuestro el horror y el comentario de toda la ciudad.

—Sí, es cierto —comprendió el policía, y se volvió hacia el sacerdote, para preguntarle—: ¿Dónde está?

—En esa habitación.

El comisario y Peter se dirigieron al interior de la pieza.

Lo que vieron les trajo a la memoria el horror vivido, no hacía muchas horas, cuando se encontraron con el señor Milles.

El cuerpo de Freddy Johns —con el cerebro de Ronald Lockwell — estaba acostado sobre una alta cama de hierro.

Su aspecto era espantoso.

Parecía que varios miles de años hubieran venido a posarse sobre su persona.

¡Acartonado! ¡Momificado!

Sólo tenían vida los ojos… y aun así, era una vida que se velaba con la angustia, el remordimiento y el miedo.

Respiraba muy dificultosamente. Como si tuviera una losa de cien toneladas sobre el pecho. Una respiración que se hacía silbante y asmática en sus arrugados labios sin línea.

—Señor Lockwell…

Los cansados ojos del monstruo trataron en vano de enfocar la mirada. Sus horribles labios intentaron esbozar una espantosa mueca.

Y su voz resultó distante, lejana y asmática:

—Hola, comisario… Hola, Peter…

—Hola, señor Lockwell —se acercó el detective—. ¿Qué podemos hacer por usted?

—Nada, muchacho. Gracias. Clara ya hizo por mí todo lo que podía esperar. Me ha traído al padre Benson. Pero… cuídala a ella mucho, muchacho. Te va a necesitar.

—Se lo prometo, señor Lockwell.

—¡Gracias! Es más de lo que yo merezco. Y usted, comisario…

—Diga —se inclinó el policía sobre él.

—¿Qué piensa hacer… conmigo?

—Nada, señor Lockwell.

—¿No va a llevarme a la comisaría?

—No.

—¿Por qué lo hace?

—Para evitar que la ciudad se horrorice, señor Lockwell.

—Comprendo…

* * *

Tres horas largas tardó en morir aquel cuerpo. Era ya más un montón de huesos y piel arrugada que otra cosa.

Peter regresó a «Black Hill».

Se encontró con el señor Jackson, que le miró con gesto interrogador.

—¿Ya?

Peter asintió con un lento movimiento de cabeza.

—Ya.

—¡Dios sabe cuánto lo siento!…— declaró Jackson, con la mirada húmeda y brillante.

—¿Dónde está Clara?

—Atrás, en el jardín.

—Bien…

Peter se dirigió hacia la puerta trasera que conducía al maravilloso jardín de «Black Hill», una de las más costosas, lujosos

y envidiadas mansiones de Nueva York.

El señor Jackson apenas le retuvo unos segundos:

—Peter…

—Diga.

—¿Qué harán con el cadáver?

—Lo llevarán al depósito. No se trata ya solamente de realizar una autopsia; querrán estudiar los efectos producidos por ese diabólico trasplante.

—Comprendo.

—¿Alguna otra cosa, señor Jackson?

—No. Le dejo solo con la señorita Clara. Dígale que ya sabe dónde encontrarme. Estaré a su entera disposición.

—Se lo diré. Lo vamos a necesitar, señor Jackson.

El hombre de confianza del desaparecido Ronald

Lockwell movió la cabeza afirmativamente, agradecido, y terminó por abandonar «Black Hill».

Peter salió al jardín.

Clara estaba junto a una de las balaustradas de mármol, con la mirada perdida en un infinito en sombras.

Ni siquiera se volvió cuando sintió los conocidos pasos de su prometido. Había oído también la llegada de su automóvil.

—Clara…

Tenía los ojos llenos de lágrimas.

Se volvió lentamente. Y rompió toda la presión que pesaba sobre ella.

—¡Oh, Peter! ¡Abrázame!

Él la abrazó… y así permanecieron durante largo rato, en silencio, como dos estatuas bajo una oscuridad infinita…

F I N

BOLSILIBROS TORAY

OESTE


TORNADO
Publicación quincenal. 10 Ptas.


HAZAÑAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 10 Ptas.

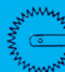

RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 10 Ptas.



SIOUX
Publicación quincenal. 10 Ptas.



SEIS TIROS
Publicación quincenal. 10 Ptas.


ESPUELA
Publicación quincenal. 10 Ptas.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 10 Ptas.



ANTICIPACIÓN


CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 10 Ptas.


ESPACIO
Publicación quincenal. 10 Ptas.

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS EN AMERICA

EDITORIAL AMERICA, S. A.

2180 S. W. 12 Avenue - MIAMI, FLA. 33145 U.S.A.